

PLÁTICAS SOBRE EL SENDERO DEL OCULTISMO

TOMO III

LUZ EN EL SENDERO



ANNIE BESANT Y C.W.LEADBEATER

EDITORIAL



TEOSÓFICA

**PLÁTICAS SOBRE EL SENDERO
DEL OCULTISMO**

PLÁTICAS SOBRE EL SENDERO DEL OCULTISMO

Comentarios en tres volúmenes sobre

A LOS PIES DEL MAESTRO, LA VOZ DEL SILENCIO y
LUZ EN EL SENDERO

TOMO III

LUZ EN EL SENDERO

por

ANNIE BESANT

Y

C. W. LEADBEATER

EDITORIAL  TEOSÓFICA

Título original: TALKS ON THE PATH OF THE OCCULTISM
Vol. III Light on the Path

ISBN: 84-86709-35-0

Depósito legal: B - 41614 - 2000

©Editorial Teosófica SCooC. Ltda.

Avgda. Vall d'Or, 87 - 08190 Valldoreix (Barcelona)

Impreso en Romanyà-Valls, S.A.

Verdaguer, 1. -08786- Capellades (Barcelona)

Impreso en España Printed in Spain

ÍNDICE

SECCIÓN III

LUZ EN EL SENDERO

Parte I

AL LECTOR	vii
CAPÍTULO I (LVII)	
INTRODUCCIÓN	857
CAPÍTULO II (LVIII)	
LOS CUATRO AFORISMOS PRELIMINARES	871
CAPÍTULO III (LIX)	
LA PRIMERA REGLA	893
CAPÍTULO IV (LX)	
REGLAS DE LA 2 A LA 4	931
CAPÍTULO V (LXI)	
REGLAS DE LA 5 A LA 8	961
CAPÍTULO VI (LXII)	
REGLAS DE LA 9 A LA 12	995

CAPÍTULO VII (LXIII)	
REGLAS DE LA 13 A LA 16	1005
CAPÍTULO VIII (LXIV)	
REGLAS DE LA 17 A LA 19	1029
CAPITULO IX (LXV)	
REGLA 20	1045
CAPÍTULO X (LXVI)	
NOTA DE LA REGLA 20	1075
CAPÍTULO XI (LXVII)	
REGLA 21	1095

PARTE II

CAPÍTULO XII (LXVIII)	
COMENTARIO PRELIMINAR	1137
CAPÍTULO XIII (LXIX)	
REGLAS DE LA 1 A LA 4	1163
CAPÍTULO XIV (LXX)	
REGLAS DE LA 5 A LA 8	1177
CAPÍTULO XV (LXXI)	
REGLAS DE LA 9 A LA 12	1207
CAPÍTULO XVI (LXXII)	
REGLA 13	1241
CAPÍTULO XVII (LXXIII)	
REGLAS DE LA 14 A LA 21	1257

AL LECTOR

Este libro no es más que una recopilación de las pláticas que dimos, el señor C.W. Leadbeater y yo, sobre tres libros famosos: tres libros de tamaño pequeño, pero de gran contenido.

Esperamos que este libro resulte útil para los aspirantes y para algunos que hayan trascendido ya ese grado, puesto que los autores de estas pláticas eran de más edad que los oyentes, y tenían una mayor experiencia en la vida del discipulado.

Esas pláticas no se dieron en un único lugar; en diferentes ocasiones y lugares hablamos ante nuestros amigos, principalmente en Adyar, Londres y Sidney. Los oyentes tomaron muchas notas. Se recogieron y se arreglaron; su contenido se sintetizó eliminando todas las repeticiones.

Desgraciadamente, las anotaciones que se encontraron sobre La Voz del Silencio, fragmento I, fueron muy pocas, por lo cual utilizamos algunos apuntes que se hicieron en una clase dada por nuestro distinguido colega el señor Ernest Wood, en Sidney, y los incorporamos a las pláticas del señor Leadbeater en la sección correspondiente. De mis comentarios sobre ese libro no se encontraron anotaciones; aun cuando hablé mucho sobre él, de esas pláticas mías no se ha po-

dido reconstruir nada.

Ninguna de esas pláticas se ha publicado con anterioridad, a excepción de algunas charlas de Monseñor Leadbeater ante un grupo escogido de estudiantes sobre el libro *A los Pies del Maestro*, con referencias incompletas de algunas de estas pláticas. Este libro ya no volverá a editarse; lo que en él haya de substancial se encuentra ahora en su lugar correspondiente y aquí aparece cuidadosamente condensado y editado.

Que este libro sirva de ayuda a algunos de nuestros hermanos más jóvenes para que puedan entender mejor estas enseñanzas de valor inapreciable; cuanto más se estudien y se vivan, más será lo que en ellas se encuentre.

ANNIE BESANT

CAPÍTULO I (LVII)¹

INTRODUCCIÓN

A.B.— *Luz en el Sendero* forma parte de una serie de tratados de ocultismo conservados por los grandes Instructores y de los cuales se sirven para formar los discípulos. Es un fragmento del *Libro de los Preceptos de Oro* en el que se encuentran reunidos numerosos tratados escritos en diferentes épocas de nuestra historia mundial, pero que presentan una característica común, que es la de contener la verdad oculta: por consiguiente, tienen que estudiarse de manera distinta a los tratados ordinarios. Depende de la capacidad de cada lector la manera como sean comprendidos. Cuando uno de ellos es revelado al mundo, su interpretación literal no permite más que una apreciación inexacta de su doctrina.

Destinada claramente a apresurar la evolución de los hombres comprometidos en el Sendero, esta obra presenta un tipo de ideal que la gente de este siglo raramente está prepa-

¹ Estas cifras en cursiva y entre paréntesis, indican el número del capítulo de la edición inglesa *Talks on the Path of Occultism*.

rada para aceptar. Para ser capaces de comprenderlo hace falta poder y querer aplicar las enseñanzas en nuestra vida; de otro modo las páginas permanecerán selladas. Si el lector se esfuerza para conformar su vida a ellas, la luz vendrá; si sigue siendo indolente, no sólo no conseguirá más que una ventaja mínima de su lectura, sino que se desencantará del libro y lo juzgará inútil.

Este tratado presenta algunas divisiones naturales. Fue dado al mundo por el Maestro Hilarión, uno de los grandes Instructores miembros de la Logia Blanca —un Maestro que desempeñó un papel muy importante en los movimientos gnóstico y neoplatónico, uno de los grandes personajes que trataron de mantener vivo el cristianismo. Sus encarnaciones han tenido lugar principalmente en Grecia y en Roma. Se interesa especialmente en el cuidado de la evolución humana en el mundo occidental. Obtuvo el libro, tal como lo tenemos, y sin las notas del Maestro Veneciano, uno de los grandes Instructores llamados por H.P.B., los Chohans.

Quince de las breves reglas contenidas en la primera parte y quince en la segunda se remontan a la época más antigua; estaban redactadas en un sánscrito muy antiguo. A estas cortas sentencias que sirven de base para la instrucción del discípulo, el Chohan añadió otras que, actualmente, forman parte de la obra y tienen que leerse siempre con las primeras, a fin de añadir ideas complementarias sin las cuales el lector podría desorientarse. Todas las reglas contenidas en las dos partes del libro, salvo los treinta breves aforismos, fueron escritas por el Chohan y fueron entregadas por Él al Maestro Hilarión. La tabla siguiente expone las quince reglas breves de la primera parte tal como se encuentran en el manuscrito antiguo; el número inicial de cada una es el número original, pero el número siguiente es el número que se da en el libro moderno.

I	Mata la ambición.	1
II	Mata el deseo de vivir.	2
III	Mata el deseo de bienestar.	3
IV	Mata todo sentimiento de separatividad.	5
V	Mata el deseo de sensación.	6
VI	Mata la sed de crecimiento.	7
VII	Desea únicamente lo que está en tí.	9
VIII	Desea únicamente lo que está más allá de ti.	10
IX	Desea únicamente lo que es inalcanzable.	11
X	Desea ardientemente el poder.	13
XI	Desea ardientemente la paz.	14
XII	Desea las posesiones por encima de todo.	15
XIII	Busca la senda.	17
XIV	Busca el camino retirándote hacia lo interno.	18
XV	Busca el camino avanzando decididamente hacia lo externo.	19

En la tabla precedente (que sólo se refiere a la primera parte de la obra), se observará la ausencia en la lista de las reglas 4, 8, 12, 16, 20 y 21. La razón de esto es que éstas no pertenecen a la parte más antigua de la obra. Estas reglas, así como los comentarios preliminares y finales, representan la parte añadida por el Personaje superior que la remitió al Maestro. Si bien hay algunas notas escritas por el mismo Maestro Hilarión. En la última edición (1885), la obra com-

prendía estas tres partes: los aforismos del antiguo manuscrito, los añadidos del Chohan y las notas del Maestro Hilarión. Todo eso fue transcrito por Mabel Collins quien para eso sirvió de instrumento físico y desempeñó el papel de escritora. El mismo Maestro tradujo la obra y la hizo pasar a la Conciencia cerebral de la intermediaria; pero la mano que sostenía la pluma era la Suya. Posteriormente, aparecieron en *Lucifer* con el título de "Comentarios" algunos artículos escritos por Mabel Collins bajo la influencia del Maestro; son de infinito valor y merecen ser leídos y estudiados.

Abriendo ahora el libro encontramos en primer lugar esta declaración:

*ESTAS REGLAS HAN SIDO ESCRITAS PARA TODOS
LOS DISCÍPULOS: SÍGUELAS.*

Aquí se establece una distinción entre el mundo y los discípulos: este libro no está destinado al mundo en general. La palabra discípulo implica dos sentidos —el no iniciado y el iniciado. Una lectura atenta de la obra permite reconocer las dos enseñanzas distintas dadas en los mismos términos. Cada frase tiene dos sentidos, uno para los más avanzados, otro para aquellos que lo están menos. Trataremos de despejarlas cuando llegemos a las declaraciones preliminares. La segunda parte del tratado parece estar destinada únicamente al discípulo iniciado, pero en la primera, la dualidad en cuestión existe.

Muchas personas, lejos aún de ser discípulos, no comprenden nada de estas reglas; a menudo las critican y les reprochan ofrecer un ideal donde no se ofrece ni dulzura ni compasión. Siempre ocurre así cuando el lector se ve abocado a un ideal, demasiado elevado para él. Nadie puede beneficiarse de un ideal, aunque sea elevado, si este ideal no lo

atrae. En nuestras relaciones con los seres humanos observamos este principio de orden práctico: presentarles únicamente ideales que les atraigan. Por lo que respecta a las obras de este tipo, lo que el lector consigue equivale a lo que él mismo aporta; comprenderá si es capaz de responder a los pensamientos expresados. Los mismos objetos materiales no existen para nosotros a menos que hayamos desarrollado los órganos susceptibles de reaccionar a su influencia; en este mismo momento estamos rodeados de cientos de vibraciones que somos incapaces de percibir. Un día, Sir William Crooks proporcionó un ejemplo muy bueno; trataba de hacer comprender cuán rudimentario era nuestro conocimiento de la electricidad y, por consiguiente, cuán grande era la posibilidad de nuevos progresos en la ciencia eléctrica. Cuán enorme diferencia para nosotros, dijo, qué verdadera revolución en nuestras ideas si, en lugar de tener ojos sensibles a las vibraciones luminosas poseyéramos órganos que respondieran a las vibraciones eléctricas. En una atmósfera seca no seríamos conscientes de nada, porque el aire seco no es buen conductor de la electricidad. Una casa de cristal sería opaca, pero una casa ordinaria sería transparente. Un hilo plateado parecería un agujero, un túnel en el aire. Lo que nosotros conocemos del mundo depende, pues, de la manera en que respondemos a sus vibraciones. De la misma manera, si no respondemos a una verdad, es que no es una verdad para nosotros. Más todavía, si se trata de obras escritas por ocultistas, es nuestro propio grado de adelanto espiritual el único que nos permite penetrar su pensamiento. Toda parte de su pensamiento demasiado sutil o demasiado elevada nos sobrepasa, es como si no existiera.

Este libro compensa mucho más por la meditación que una lectura superficial; su valor principal es el de proporcionar una dirección a nuestra meditación. Escoged una sola

frase y medita sobre ella; interrumpid las actividades de la mente inferior; despertad la conciencia interna que entra en contacto directo con el pensamiento. Liberándose así de las imágenes de la mente concreta se puede percibir directamente la verdad. La meditación permite de este modo llevar al cerebro una gran parte de la conciencia de la verdad adquirida por el ego en su propio terreno. Sin embargo, un hombre que medita pero que no lee ni sigue tampoco las lecciones de un instructor, puede estar seguro de progresar en el plano espiritual, pero no lo hará sino muy lentamente. Con la ventaja adicional de leer y escuchar adelantaría mucho más rápido. Las conferencias o la reflexión pueden disponer al cerebro para instruirse mejor por la meditación. Pero para el hombre que se limita a escuchar o a leer, sin meditar, el adelanto es casi imposible y los progresos son de una lentitud extrema. Hace falta combinar las dos cosas. Mucha meditación, añadida a un poco de lecciones orales y lecturas pueden llevar muy lejos.

C.W.L.— El título de la primera edición de *Luz en el Sendero*, publicada en 1885, lleva esta indicación: "Tratado escrito para el uso personal de aquellos que desconocen la Sabiduría oriental y que desean profundizar en su influencia". Sin embargo, la obra en sí empieza por declarar que estas reglas han sido escritas para todos los discípulos. La segunda definición es con toda seguridad la más exacta, como lo demuestra la historia de este tratado.

Tal como lo poseemos, este tratado fue dictado por el Maestro Hilarión, por intermedio de Mabel Collins, una dama muy conocida en los círculos teosóficos, y que participó con Madame Blavatsky en la edición de *Lucifer*. El mismo Maestro Hilarión lo había recibido de Su propio Instructor, el Gran Personaje llamado a veces por los estudiantes de teosofía, el

Veneciano, pero Éste, a su vez, sólo había escrito una parte del texto. La obra ha pasado, pues, por tres fases, las cuales vamos a examinar sucesivamente.

Incluso ahora, se trata de un pequeño volumen, pero en su primitiva forma, que nosotros hemos visto, todavía es más pequeño. Es un manuscrito sobre hojas de palma, de una antigüedad imposible de determinar, tan antiguo que antes de la época de Cristo los hombres ya habían olvidado su fecha y el nombre del autor y consideraban su origen como perdido en las brumas de la antigüedad prehistórica. Se compone de diez hojas conteniendo cada una de ellas sólo tres líneas, porque en los manuscritos en hojas de palma, las líneas están trazadas en sentido longitudinal y no a lo ancho, como ocurre entre nosotros. Cada línea forma un conjunto, un breve aforismo; la lengua utilizada es una forma arcaica del sánscrito.

El Maestro Veneciano tradujo al griego estos aforismos sánscritos para el uso de Sus discípulos de Alejandría, entre los cuales se encontraba el Maestro Hilarión, en su encarnación como Jámblico. No se limitó a traducir los aforismos, sino que añadió algunas explicaciones que haremos bien en añadir al texto original. Por ejemplo: si tomamos los tres primeros aforismos veremos que el párrafo señalado con el número 4, que les sigue, es evidentemente el comentario; hay que leer pues: "Mata la ambición, pero trabaja como aquellos que son ambiciosos. Mata el deseo de vivir, pero respeta la vida como aquellos que la desean. Mata el deseo de bienestar, pero sé feliz como lo son aquellos que viven para la felicidad".

Igualmente, las reglas 5, 6 y 7 forman un grupo, seguido de la regla 8, que es un comentario hecho por el Chohan —y así sucesivamente, durante muchas páginas. Estos grupos

de tres no se exponen de este modo por una mera coincidencia; se presentan así a propósito. Al examinarlos constatamos siempre, entre las tres reglas, cierta relación. Así, las tres reglas antes citadas se refieren a la pureza del corazón y a la aplicación espiritual; podría decirse que indican lo que el hombre debe desear llegar a ser y los deberes que le incumben con el fin de prepararse para el trabajo.

El segundo grupo de tres aforismos (números 5 a 8) declara que tenemos que matar todo sentimiento de separatividad; todo deseo de sensación; toda ansia de crecimiento; enuncia los deberes del hombre, desde el punto de vista social, hacia su entorno. El hombre tiene que darse cuenta de que es uno con sus semejantes; tiene que renunciar voluntariamente a los placeres egoístas y separados; tiene que matar todo deseo de crecimiento personal y trabajar en el crecimiento de todos.

En el grupo de tres que viene a continuación (números 9 a 12), aprendemos lo que hay que desear, es decir, lo que está en nosotros, más allá de nosotros, y fuera del alcance: este es, evidentemente, nuestro deber hacia el Yo Superior. Siguen los aforismos (13 a 16) sobre el deseo del poder, de la paz y de las posesiones. Estos deseos contribuyen todos a prepararnos para el trabajo del Sendero. El grupo siguiente (reglas 17 a 18) dicen al aspirante que busque el camino.

Las reglas numeradas ahora 4, 8, 12, etc., son explicaciones y ampliaciones debidas al Maestro Veneciano; unidas a los aforismos primitivos, formaron la obra tal como se publicó primeramente en 1885, porque el Maestro Hilarión la tradujo del griego al inglés y la entregó de esta manera. Apenas terminada la impresión, Él añadió al texto una serie de notas muy precisas, redactadas por Él mismo. Para esta primera edición, estas notas fueron impresas en páginas separadas

cuyos bordes engomados podían añadirse al principio y al final del pequeño volumen que acababa de aparecer. En las ediciones siguientes, estas notas han sido insertas en su lugar correspondiente.

El corto y bello ensayo sobre el Karma, colocado al final del volumen, es igualmente obra del Maestro Veneciano; ha formado parte del libro desde la primera edición.

El manuscrito arcaico sánscrito que ha servido de base a *Luz en el Sendero* fue traducido igualmente al dialecto egipcio; además, muchas de las explicaciones debidas al Maestro Veneciano recuerdan más la doctrina egipcia que la india. El estudiante que esté un poco familiarizado con el espíritu de esta antigua civilización será capaz de comprender mejor la presente obra. Las condiciones de existencia en el antiguo Egipto eran radicalmente distintas de las actuales, si bien casi resulta imposible poder dar ahora una idea de ello. Sin embargo, si pudiéramos recuperar la actitud mental de esos remotos tiempos, comprenderíamos muchas cosas que, me temo, se nos escapan. Actualmente, somos dados a exagerar la importancia del intelecto y nos gusta vanagloriarnos del adelanto que hemos conseguido sobre las civilizaciones antiguas. Sin duda que hemos ido más allá en algunas cuestiones, pero en otras, no estamos en absoluto a su altura. Por lo demás, la comparación tal vez no sea justa, porque nuestra civilización todavía es muy joven. Retrocedamos tres siglos en la historia de Europa, particularmente la que se refiere a Inglaterra, y constataremos una situación de las menos civilizadas. Comparando estos tres siglos, comprendidos los ciento cincuenta años de progreso científico cuyo papel ha sido tan importante en nuestro período civilizado, a los cuatro mil años durante los cuales floreció, casi sin cambio la civilización egipcia, reconocemos de inmediato que la nuestra es bien poca cosa. Toda civilización vieja de cuatro mil

años ha tenido ocasión de probar experiencias de todo tipo y de conseguir resultados que todavía nos faltan; no es pues justo compararnos, a nosotros que empezamos, con ninguna de las grandes civilizaciones que ya llegaron a su cenit.

Nuestra quinta sub-raza está lejos de haber alcanzado el punto máximo de su mayor gloria; cuando lo alcance, habrá hecho un adelanto señalado sobre todas las demás civilizaciones, sobre todo en ciertos aspectos; tendrá sus propias características, algunas de las cuales podrán gustarnos menos que las de las civilizaciones precedentes, pero, en resumen, habrá progresado, porque las razas sucesivas se parecen a las olas de la marea ascendente. Cada una llega, después retrocede, y la siguiente avanza un poco más. Todas las razas nacen, alcanzan su punto culminante y luego llega la decadencia. Para nosotros, todavía se trata de la marea ascendente; en algunos sentidos, todavía no hemos llegado al orden estable que representaron algunas civilizaciones antiguas. Por desgracia estamos todavía muy lejos del altruismo y de la convicción de que es la comunidad, en su conjunto, la que importa y no el individuo. En algunas de las civilizaciones desaparecidas, se había llegado ya a un punto que nos parecería una especie de utopía, pero, por el contrario, vamos a entrar en posesión de facultades que no poseían estos pueblos antiguos. Al principio de la historia romana hubo un corto período de tiempo donde, según la expresión de Macaulay, "nadie estaba por el partido, sino todos por el estado". Pitágoras dirigiéndose a la gente en Taormina, les dijo que el estado representaba más que el padre y la madre, más incluso que la esposa y el hijo, y que todo hombre tenía que estar constantemente dispuesto a subordinar sus pensamientos, sus sentimientos y sus deseos a la unidad, a la *res publica* (sentido original de la palabra "república"), para el bien de todos; cada uno tenía que sacrificar voluntariamente sus

intereses personales para el bien general. En Inglaterra, igualmente, en tiempos de la reina Isabel, hubo un período en que reinaron los sentimientos, en una actividad realmente patriótica.

No quiero decir que en Egipto y en la Grecia antigua, no menos que en cualquier otro país, todo el mundo fuera altruista; lejos de eso, pero toda la gente de esmerada educación consideraban la existencia desde un punto de vista mucho más amplio de lo que lo hacemos nosotros; pensaban mucho más en el estado, mucho menos en su propio bienestar o en su progreso personal. A nosotros nos llegará la vez cuando llegue el momento. Tendríamos que comprender estas ideas mejor incluso de lo que las comprendían ninguna de las antiguas razas, y también tendríamos que encontrar aplicaciones ignoradas por nuestros antecesores.

Así pues, si pudiéramos recuperar esta antigua mentalidad egipcia, comprenderíamos mucho mejor *Luz en el Sendero*. Escrutando esas páginas, el estudiante hará bien en adquirir tanto como sea posible la actitud en cuestión; le ayudará a ponerse en lugar de aquellos que, en los tiempos más antiguos, se dedicaron al mismo trabajo.

Ante esto, no hay dificultad para aquellos de nosotros que han practicado los ejercicios que nos han permitido recordar nuestras vidas pasadas. De mi última encarnación en Grecia, yo he guardado el recuerdo en que tomé parte en los misterios de Eleusis; como también de otra existencia mucho más anterior, en una época en que los grandes Misterios egipcios de los cuales subsisten algunos restos en la francmasonería, representaron un papel importante. Estos recuerdos me permiten obtener más provecho de lecturas similares del que podría obtener sin ellos. Simples impresiones o reminiscencias, dada la sensación de la atmósfera,

son una gran ayuda. Que este tratado sea egipcio o indio, no existe en nuestra literatura teosófica una joya más preciosa, ningún libro que recompense mejor un estudio atento y muy detallado.

Ya lo hemos explicado: *Luz en el Sendero* es el primero de los tres tratados que ocupan en nuestra literatura teosófica un lugar único, porque encierra las instrucciones dadas por Aquellos que han seguido el Sendero, a aquellos que desean seguirlo. Me acuerdo de las palabras de Swami T. Subba Rao diciéndonos un día que estos preceptos ofrecen diferentes facetas superpuestas, que podían servir varias veces, a niveles diferentes. En primer lugar, son útiles a los aspirantes — a aquellos que siguen el sendero de probación. A continuación, se dan de nuevo a un grado más elevado, a las personas que, por el portal de la primera Gran Iniciación, se han adentrado en el Sendero propiamente dicho. Finalmente, cuando el discípulo se convierte en Adepto, se nos dice que, de nuevo, y en un sentido más elevado, estos mismos preceptos pueden servir para dirigir a Aquel que quiere ir más lejos y más alto. Así que, para el lector que sabe comprenderlo, en su sentido místico total, este manual nos conduce más lejos que cualquier otro.

Estos libros escritos especialmente para apresurar la evolución de aquellos que han entrado en el Sendero, nos ofrecen ideales que, en general, la gente del mundo no está dispuesta a aceptar. Puede que incluso, entre los mismos estudiantes se encuentren personas para quienes la forma en que se da la enseñanza les deje perplejos. La única manera de comprenderla es admitirla y tratar de adaptar a ella nuestra vida. En *A los Pies del Maestro* se nos previene que no basta con decir que estas palabras son verdaderas y bellas: el hombre que quiere triunfar tiene que hacer exactamente lo que prescribe el Maestro, estar atento a la menor palabra, a

la menor insinuación. Esto es igualmente cierto por lo que se refiere a la presente obra. El hombre que no trata de adaptar su vida a esta enseñanza se encontrará incesantemente confundido ante puntos desconcertantes, en realidad imposibles de aceptar; si, por el contrario, trata de aplicarla a su vida, el verdadero sentido de la enseñanza podrá empezar a revelarse. Todo esfuerzo sincero para realizar esta aplicación tiene como resultado clarificar el texto y ésta es la única manera de poder apreciar esta perla inestimable.

Las obras de este género encierran muchas otras facetas además del sentido literal. Es por esto que cada uno capta lo que él mismo ha aportado, es decir, la facultad de asimilar cierta parte del mensaje, y no obtiene más que esta parte. Apresurarse a leer estos libros e incluso estudiarlos no basta; es necesario también hacer de ellos el tema de la meditación. Tomad los pasajes aparentemente difíciles —las frases crípticas, místicas o paradójicas— sometedlas a vuestra reflexión y a vuestra meditación, y captaréis mucho más, aunque a menudo apenas si podréis expresarlo.

Mientras trato de hacer comprender la manera en que yo considero estos diversos puntos y lo que ellos han representado para mí, tengo la sensación de que no llego a expresarme de una manera completa. Muy a menudo, lo sé, no puedo encontrar palabras que traduzcan totalmente mi pensamiento; expresado en palabras, éste se convierte en trivial, y sin embargo, cuántos no son los significados superiores que yo mismo percibo, tal vez con mi cuerpo mental. Lo mismo ocurre en cada nivel. A todo lo que podemos captar con el cuerpo mental se le añade todavía mucho más: todo lo que no se puede comprender más que por el cuerpo causal y por la intuición. Sea lo que sea lo que expresemos, siempre quedará algo más profundo que continuará en nosotros para producir sus capullos y sus flores. El hombre no es sino una

expresión de lo Eterno, y fuera de lo Eterno nada puede ayudarnos: es una realidad y es la verdad sobre la cual insisten constantemente los autores de esta obra.

CAPÍTULO II (LVIII)

LOS CUATRO AFORISMOS PRELIMINARES

ANTES DE QUE LOS OJOS PUEDAN VER DEBEN, SER INCAPACES DE LLORAR.

A.B.— Es el primero de los cuatro aforismos que definen las cuatro cualidades a desarrollar antes de entrar en el sendero propiamente dicho, las facultades de ver, de oír, de hablar, y por último la de mantenerse en pie ante la presencia del Maestro, que permiten servir eficazmente a la humanidad bajo Su dirección.

Este aforismo y los tres siguientes conciernen a dos categorías de discípulos. A la primera pertenecen aquellos que siguiendo el sendero de probación aprenden a desprenderse de todo lo que nosotros entendemos por personalidad; estas instrucciones preliminares están destinadas a enseñarles que ante todo tienen que eliminar el yo inferior. A la segunda categoría pertenecen los discípulos ya iniciados. De éstos se exige más: tienen que desprenderse de su individualidad o ego sometido a la reencarnación, a fin de que al final del Sendero su vida esté totalmente bajo la dirección de la Mónada. También constataremos que cada uno de estos cuatro

aforismos puede aplicarse tanto a la personalidad como a la individualidad. La manera como el estudiante los traduzca en su vida, dependerá del punto de vista en que pueda comprenderlos.

Vale la pena señalar y recordar que estos aforismos pueden interpretarse también desde dos puntos de vista completamente diferentes. Si bien estas enseñanzas nos son dadas por los Maestros de la Logia Blanca, declaraciones idénticas son enunciadas por aquellos que se entregan a la magia negra, propia del lado tenebroso de la vida, y a los que llamamos a veces los Hermanos de la Sombra o de las Tinieblas. Los ojos pueden hacerse inaccesibles a las lágrimas de dos maneras. El motivo que impulsa al aspirante determina el camino que va a seguir. Uno de estos caminos es el del hombre que, queriendo convertirse en discípulo del lado negro, interpretará el aforismo como una invitación a practicar una indiferencia completa al placer lo mismo que al dolor, indiferencia alcanzada endureciendo el corazón y evitando toda comprensión. Toda persona que busque hacer inaccesibles sus ojos a las lágrimas matando toda sensibilidad se acerca al sendero de la oscuridad. Por el contrario, el hombre que sigue la otra vía no se vuelve incapaz de llorar más que por lo que respecta a sus sufrimientos personales. No es su naturaleza inferior la que le mueve, sino que tiene muy en cuenta los sentimientos de los demás. Es imposible, sin peligro, mantenerse indiferentes ante los sufrimientos de nuestros semejantes.

La siguiente tabla muestra el contraste entre los dos caminos.

SENDERO NEGRO	SENDERO BLANCO
1. Se cierra a todo sentimiento de tristeza.	1. Desarrolla tan bien la facultad de sentir que responde a todas las vibraciones de los demás.
2. Eleva una muralla a su alrededor para preservarse de todo dolor.	2. Derriba toda muralla o barrera de separación que nos impida sentir los sufrimientos de los demás.
3. Limita profundamente su vida.	3. Ensancha su vida. El hombre busca volcarse en las vidas de sus semejantes.
4. Conduce a la muerte, a la destrucción, al Avichi.	4. Conduce a la vida, a la inmortalidad, al Nirvana.

Diferencia esencial entre los dos métodos: la primera es que no deja de encaminarse hacia la separación y termina con un estado de aislamiento absoluto; la segunda, al contrario, tiene como constante objetivo la unión y desemboca en un estado de unidad perfecta.

En el Sendero blanco, el aspirante tiene que ir eliminando gradualmente todo lo que, bajo el impacto del mundo exterior, se traduciría para él mismo en un sufrimiento personal y le sacudiría vertiendo sobre su personalidad toda tristeza o inquietud que le agobien como yo personal. Tiene que esperar el momento en que toda tristeza relativa a su propio interés separado se convertirá en imposible para él. En realidad, tiene que mirar de hacer de su envoltura kármica exclusivamente un vehículo del Yo Superior, renunciando a toda vida personal independiente. Dicho de otro modo: ni atracciones ni repulsiones, ni deseos ni anhelos, ni esperanzas ni

temores; todo eso tiene que ser eliminado. No os engañéis: no se trata de destruir la envoltura: ésta tiene que dejar de responder por su propia cuenta a las impresiones llegadas del mundo exterior. Sólo tiene que desaparecer la vida separada; el vehículo tiene que conservarse, tiene que ser puesto al servicio de la humanidad.

La constitución de la envoltura indica con claridad las modificaciones que el discípulo tiene que hacer sufrir a su propio carácter. En el discípulo común, la envoltura cambia constantemente de color, pero, cuando está purificada y toda la vida separada ha sido eliminada, es un vehículo incoloro que irradia, únicamente afectado por los reflejos de la vida interna; ya no tiene color propio sino solamente el color que le comunica el Yo Superior; se parece entonces al claro de luna sobre el agua, con un brillo nacarado presentando una determinada vibración que apenas si puede llamarse color. Esta modificación se cumple muy gradualmente en el cuerpo astral del discípulo, a medida que éste se aplica a la difícil tarea de hacerse sensible a todas las tristezas de sus semejantes, pero cada vez más indiferente a todo lo que le afecta particularmente. Sin dificultad podría reprimir todo sentimiento; pero volverse cada vez más sensible a los sentimientos de los otros y, al mismo tiempo, no permitir la intervención de ningún sentimiento personal —esa es la tarea más difícil impuesta al aspirante. Sin embargo, a medida que se entrega a ella constata que las emociones egoístas se desvanecen: se han transformado en emociones altruistas.

El discípulo tiene una manera de comprobar la calidad y la autenticidad de su compasión, y es la de ver si la experimenta cuando los sufrimientos de los otros no son sometidos a su atención. Encontráis una persona que sufre; sois testigos de un acto de brutalidad; sin duda sufrís por ello, pero ¿sentís el mismo sufrimiento cuando esta persona no

se encuentra ante vosotros? Nuestra compasión es muy poca cosa si, para despertarla, necesitamos el espectáculo del sufrimiento. Enviad una persona a una gran ciudad como Londres, y puede suceder que los sufrimientos de los que se verá rodeada le causen una gran emoción. Proporcionadle otro lugar de residencia y esta persona olvidará muy pronto las miserias de las que ha sido testigo y se sentirá perfectamente feliz. El discípulo tiene que aprender a vivir como si la totalidad de estos sufrimientos estuviera siempre ante él; aligerarlos debe ser el motivo que le impulse al trabajo.

Nadie alcanza el estado en que le conmueve el gran grito de sufrimiento del que habla *La Voz del Silencio*, a menos que el móvil de su vida sea el de ayudar a la humanidad, tanto si los sufrimientos humanos están ante sus ojos como no, porque ése es el verdadero móvil del discípulo. La mejor manera de librarse de la personalidad, de volverse indiferente ante las alegrías y ante las tristezas personales, inaccesible a las lágrimas, es la de dejar que la mente reflexione sobre el sufrimiento del mundo y sobre los métodos a seguir para atenuarlo; esto permite ver al yo personal en su verdadera magnitud, al lado del yo más amplio representado por la inmensa humanidad huérfana.

Cuando el discípulo, habiendo recibido la Iniciación, empieza a tener conciencia búddhica, en otro sentido se convierte en inaccesible a las lágrimas. Entonces, empieza a comprender la palabra evolución, a darse cuenta de que en el hombre esta palabra significa el desarrollo de la triada superior; empieza a reconocer el valor y el objeto de todo sufrimiento y de todo dolor; poco a poco se hace inaccesible a las lágrimas porque comprende la ventaja conferida por el sufrimiento a aquellos que lo padecen, y constata que el sufrimiento que le llega a una persona es de absoluta necesidad para el desarrollo superior de su alma. Teóricamente, el hom-

bre hubiera evitado sin duda este sufrimiento si antes hubiera actuado con sabiduría, porque, si no es resultado de sus extravíos actuales, es el resultado de su karma anterior pero, desde el punto de vista práctico, el hombre se ha conducido de un modo insensato; a las lecciones de la sabiduría ha preferido las que le ocasionaron las actuales pruebas, porque no siempre ha escogido el camino que sabía que era el mejor; ahora también sufre, y el dolor, al permitirle adquirir la sabiduría, acelera su evolución.

Cuando el discípulo ha comprendido todo esto llega a una condición en que puede decirse que en él se une una compasión perfecta a la ausencia de toda pena. El sentimiento de pena sólo es posible cuando la vida búddhica no ha iluminado todavía la conciencia. Cuando nace la conciencia búddhica, la compasión del discípulo aumenta considerablemente pero sus penas desaparecen: al elevarse todavía más, y al ver como se amplía el horizonte, se vuelve inaccesible a las lágrimas, porque en presencia de los sufrimientos más crueles, que él aprende a reproducir y a sentir en sí mismo, percibe al mismo tiempo el objeto y el fin. Llega a compartir completamente el dolor pero sin experimentar el más débil deseo de que sea modificado para nada. Para no experimentar ningún deseo de librarse del sufrimiento antes de que éste no haya aportado su fruto, hace falta que la conciencia haya recibido la iluminación búddhica. Esa es la condición que ha sido llamada el estado crístico. La ley es sabia: la voluntad Suprema es perfecta y el sufrimiento prepara un fin perfecto; también el discípulo está absolutamente contento y satisfecho; experimenta el sufrimiento, pero sin ninguna pena, sin ninguna tristeza.

Cuando el discípulo ha llegado a este grado, su conciencia se ha convertido en un elemento de la vida del mundo. Si al pensar en sí mismo dice "yo", es como parte de un "Yo"

que encierra a todos los otros. A partir de ese momento para él no existe nadie que esté separado o aparte de él; se identifica con esta gran vida única, sea cual sea el estadio, cada vez que esta vida necesita ayuda; pierde totalmente la sensación, tan esparcida en el mundo, de que algunas personas están fuera; él está en todos y con todos.

El hecho de haber comprendido la unión influye extremadamente en la ayuda que el hombre puede prestar al mundo. Al ayudar a alguien, experimenta las penas como las suyas propias, no como las dificultades de otro del que estuviera separado. Las ve justamente como las ve esta persona y esto es así porque en lugar de ayudar desde fuera, la ayuda desde dentro. Entre estas dos maneras de ayudar la diferencia es inmensa; la primera es una ayuda temporal y accidental; la segunda representa en la vida del hombre un acrecentamiento de poder.

Este estadio, el discípulo sólo puede alcanzarlo porque ha cultivado la compasión, ha aprendido a identificarse con las alegrías y las penas de los demás, ha hecho de su propia vida una vida común para todos. De otro modo, esta ausencia de separatividad sería inaccesible. La imposibilidad de llorar, para el discípulo, no debe tener más que un sentido: y es que esta ausencia de separatividad se traduce en indiferencia a las cosas que corresponden al yo personal, pero no anula para nada la aguda sensibilidad hacia todo lo que afecta a las demás almas.

C.W.L.— Nuestra Presidenta os ha dicho, respecto a los cuatro primeros aforismos de este tratado, empezando por: “Antes de que los ojos puedan ver, deben ser incapaces de llorar”, que pueden ser mal interpretados y, por consiguiente, aceptados por el mago negro igual que por nosotros. El sentido que el mago negro le da es éste: matar toda sensibili-

dad, rodearse de una concha y dejar fuera las tristezas y las miserias del mundo. Ahora bien, ahí radica precisamente lo contrario de la enseñanza que se da al discípulo comprometido en el sendero blanco; este discípulo aprende a desarrollar su sensibilidad hasta el punto de que compartirá de un modo absoluto los sufrimientos de sus semejantes.

Se habla mucho de los magos negros, pero yo imagino que pocas personas saben mucho al respecto. Al haber encontrado muchos representantes de esta clase, tengo el derecho de decir que su carácter y sus métodos no son desconocidos para mí. Algunos son personas muy interesantes, pero muy poco recomendables. El título de mago negro se da a los tipos más diversos. Por ejemplo, los negros de Africa del Sur y de las Antillas, probablemente también los aborígenes de Australia, son muy dados a pequeñas prácticas de magia negra. Esto es bastante inocuo y estos mismos negros admiten que no tienen ningún efecto sobre los blancos. En algunos casos, han conseguido hacer excesivamente desagradable la existencia de personas de raza blanca, pero hay que añadir que el género de vida que llevan estas personas ha hecho posible esta influencia.

Para conseguir éxito, esta magia se aprovecha sobre todo del miedo experimentado por las personas sometidas a sus encantamientos; su resultado es débil pero, sin embargo, bastante real. Estos hombres primitivos poseen algunas drogas; saben hipnotizar; en fin, ejercen algún poder sobre entidades astrales terrestres y sobre otras de categoría parecida. Encuentran el medio de hacer enfermar a un hombre o a su familia, o a los animales de su rebaño; de esterilizar jardines y campos y de impedir toda cosecha. Sin embargo, en este último caso, no siempre desdeñan añadir a su magia el empleo del salitre.

Otra categoría un poco más señalada, busca los poderes ocultos para su provecho personal. Estos individuos han adquirido algunos conocimientos de ocultismo y a veces incluso los han llevado bastante lejos, pero guardan para ellos mismos el poder que consiguen; a menudo tienen éxito, gracias a él, para enriquecerse y crearse posiciones a fin de conservar hasta su muerte las ventajas obtenidas. Después de su muerte, algunas veces tratan de reemprender las mismas prácticas generales, pero sin mucho éxito y sus planes no se realizan: más pronto o más tarde, fracasan y se hunden en una condición de máxima angustia.

Hay una clase de mago negro, diferente y más avanzado, que no desea nada para él mismo; no busca ni el dinero, ni el poder, ni influencia, ni nada parecido, lo cual le confiere de inmediato un poder mucho mayor; lleva una vida pura y disciplinada, igual que sucede entre nosotros, pero él ha escogido como meta la separatividad; pretende seguir su existencia en los planos superiores evitando ser absorbido en el Logos; mira con horror lo que para nosotros es la mayor felicidad; quiere seguir siendo exactamente lo que es y pretende además conseguirlo, pudiendo la voluntad humana, hasta cierto punto, resistirse a la voluntad cósmica.

Yo me he encontrado con personas así, y nuestra Presidenta, siempre deseosa de salvar las almas que menos parecen prestarse a ello, ha intentado una o dos veces convertir a personas comprometidas en esta vía y atraerlas hacia nuestras ideas, pero, sin mucho éxito, me temo. A veces les dice: "Ya sabe usted como terminará esto. Conoce lo suficiente las leyes de la Naturaleza y es usted lo suficientemente inteligente para ver a donde conduce el camino que usted sigue. Le espera la ruina final; esto es absolutamente cierto. Cuando llegará el fin de este manvántara, cuando esta cadena planetaria habrá cumplido su tiempo, será absorbido, tanto

si lo quiere como no, en el Logos, a niveles superiores, y entonces, ¿cuál será su condición?”

“En el fondo, usted no sabe nada”, esta ha sido la respuesta. “Nosotros admitimos que, según toda apariencia, esto es lo que llegará, pero, francamente, nos da igual. Nos sentimos satisfechos de nuestra posición actual; somos capaces de mantener nuestra individualidad contra toda acción que nos conduciría a sumergirnos en el Logos, y eso durante mucho tiempo, incluso hasta el fin del manvántara. Si saldremos de esto a continuación, no lo sabemos y no nos importa. Tanto si somos capaces como no de conseguirlo, habremos tenido la existencia que hemos escogido”.

Todo esto es discutible y el hombre que adopta este punto de vista, sin ser exactamente un valiente, no es necesariamente perverso en el sentido ordinario de la palabra. De entrada, demuestra un gran orgullo satánico, pero respecto a los demás, no siente ni rencor, ni malevolencia. En cambio, ignora todo escrúpulo. Si cualquier persona se opusiera a sus designios, la barrería con muchas menos dudas de lo que lo haría con un mosquito. Sin embargo, podría sostener relaciones amistosas con un hombre que no se oponga a sus intenciones; en su carácter no hay nada de maldad activa. No es un monstruo de perversidad, sino un hombre que ha escogido una determinada dirección y la sigue, sacrificando por ello todo lo que para nosotros significa el progreso. Estamos convencidos de que le aguarda un gran desastre; él está menos seguro que nosotros de ello y, en todo caso, acepta correr el riesgo.

En general, estas personas se bastan a sí mismas; no sienten hacia los otros más que desconfianza y desprecio. Esta es siempre la característica de una persona que sigue el sendero negro: ella tiene razón; todos los demás están equivocados.

dos; todos los demás son inferiores a él. Algunas veces se habla de la fraternidad negra. No existe nada parecido. Entre ellos no puede reinar ninguna fraternidad verdadera pero, ocasionalmente, se reúnen para resistir ante un peligro inminente o cuando uno de sus planes se ve amenazado. Sin embargo, se trata de una alianza muy débil; si es formidable es únicamente por el gran poder que poseen algunos de ellos. Sucede que, de vez en cuando, la obra emprendida para la humanidad por parte de nuestros Maestros contrarresta sus intenciones; entonces se convierten en terribles enemigos. Sobre nuestros Maestros, no pueden nada —pienso que esto les debe enfadar mucho— pero actúan a veces sobre uno de Sus discípulos y así causan a nuestros Maestros un poco de pena o de contrariedad, suponiendo que un Maestro pueda sentir nada parecido.

Los numerosos consejos de ser precavidos que se nos dan tienen su razón de ser: estas personas tratan a veces de inducirnos al error. Madame Blavatsky sabía mucho sobre esto y demostraba un sano respeto en esta cuestión; más bien parecía ver en ellos demonios tentadores disfrutando con el mal, sin otro motivo que el placer de cometerlo. Esto no es así más que para los de clase inferior; los más poderosos encuentran poco digno complacerse en lo que sea; pero sus empresas, siempre totalmente egoístas, pueden tener para algunas personas consecuencias muy desastrosas. También son tranquilos, dueños de sí mismos, desnudos de pasiones como cualquier discípulo del Maestro; incluso lo están más porque han sofocado intencionadamente toda sensibilidad. No perjudicarán a ningún hombre simplemente por el placer de causarle mal, pero si, como ya he dicho, su existencia estorba a sus fines particulares, no dudarán en suprimirlo. Las personas cuya tarea es la ayuda astral se encuentran a menudo con sus víctimas y, en este caso, el ayudante se atrae

frecuentemente la franca oposición del mago negro.

Volvamos a nuestro tema principal. Es muy difícil aprender a responder a los sentimientos prohibiendo a la personalidad la más débil manifestación —sentir una perfecta comprensión hacia los sentimientos de los demás sin tener sentimientos para nosotros. Muchas personas se sienten conmovidas por los sufrimientos de los demás, pero los olvidan si no los tienen ante sus ojos. En una ciudad como Londres, por ejemplo, mucha gente rica a los que se les muestran la espantosa miseria de los barrios miserables, se sienten conmovidos y hacen inmediatamente todo lo posible para aliviar los apuros particulares de los que son testimonio. Ahora bien, estas mismas personas, se dedican a continuación a la caza, a la pesca y a otros placeres y se olvidan absolutamente de la existencia de la miseria. En este caso, su aflicción no es causada enteramente por el sufrimiento de los demás; es, sobre todo, un dolor personal resultante de lo que la visión de esos sufrimientos les ha causado. Este género de compasión no tiene mucho valor; no se trata de la verdadera compasión.

Dándonos plena cuenta del sufrimiento humano, perdemos poco a poco de vista el nuestro. Nos olvidamos de nuestros sufrimientos personales al ver la inmensidad de los que sufre la humanidad; comprendemos que el lote que nos ha tocado, después de todo, no es más que una parte del fardo común. El hombre al que le es posible alcanzar esta mentalidad se ha elevado ya mucho por encima de su personalidad; todavía se aflige por la humanidad pero no por él; él se ha vuelto inaccesible a las lágrimas por lo que respecta a sus propias alegrías y sufrimientos personales.

Darse cuenta con precisión de los sufrimientos de los demás no es fácil. La Presidenta y yo, hace algunos años que hemos estudiado el tema de la influencia ejercida por el do-

lor en diferentes personas soportando lo que sería, visto desde el exterior, un mismo sufrimiento físico. Hemos constatado que, en un caso extremo, una persona sufría tal vez mil veces más que otra, y que en la vida ordinaria a menudo le era posible sentir el dolor cien veces más que otra persona. Si uno muestra signos de sufrimiento y otro no muestra ninguno, guardémonos de dictaminar que el segundo tiene necesariamente más valor o más filosofía; puede que no se trate de eso. Hemos examinado el grado de dolor infligido a diferentes personas por las ignominias de la prisión. Para unas, no contaban; para otras, indicaban grandes sufrimientos mentales y emocionales. Es inútil decir: "Yo no siento esto o aquello, de modo que los demás tampoco deben sentirlo". No se sabe hasta qué punto o en qué proporción son sensibles los demás. He descubierto que muchas cosas que para mi carecen de importancia, sin embargo podían hacer sufrir mucho a mis semejantes y, a la inversa, los ruidos desagradables por ejemplo, frecuentemente son causa de vivos sufrimientos para las personas en las que se están desarrollando los sentidos sutiles. He visto a nuestra Presidenta vivamente torturada cuando algún gran vagón de municiones pasaba traqueteando ante la casa en que vivíamos, en Road Avenue, en Londres. Eso no significa que ella no controlara sus nervios. Como ella misma ha explicado a menudo, si el discípulo tiene que desarrollar su sensibilidad, al mismo tiempo tiene que dominar su sistema nervioso, de manera que pueda soportar sin tropiezo un dolor o un sinsabor cualquiera.

*ANTES DE QUE EL OÍDO PUEDA OÍR, TIENE QUE
HABER PERDIDO SU SENSIBILIDAD.*

A.B.— El discípulo tiene que llegar a ser completamente indiferente a las opiniones de los demás por lo que a él respecta, y por lo que se refiere a sus propios sentimientos. Si

se piensa o se habla bien de él no influye en su orgullo; si se habla mal, no se aflige. Pero, al mismo tiempo, no tiene que ser indiferente a las opiniones de los demás, porque éstas reaccionan sobre las personas que las expresan. De modo que no tiene que considerar sin importancia las impresiones que da de sí mismo a los otros porque, si por su manera de ser las repele, pierde la facultad de ayudarles.

El discípulo, a medida que progresa, va adquiriendo facultades psíquicas y es consciente de lo que piensan los demás de él; vive entonces en un mundo donde puede entender todo lo que se dice de él y puede ver toda crítica emitida por la mente de los otros. Llega a esto cuando está por encima de toda crítica y ya no se ve afectado por las opiniones ajenas. Algunas personas desean vivamente adquirir la clarividencia antes de haber alcanzado esta etapa, pero si conocieran el hecho que acabo de mencionar, la conciencia astral, objeto de todos sus deseos, no les tentaría.

C.W.L.— Una persona desarrollada que escuche las observaciones poco atentas sobre ella es perfectamente insensible a las mismas; no penséis que llega a eso cerrándose enérgicamente a todo sentimiento de irritación y diciendo: “Todo eso es realmente terrible, pero me niego a inquietarme por ello; no le voy a prestar ninguna atención”. Evidentemente, pasa por un etapa parecida, pero llega muy rápido al punto en que su indiferencia es absoluta y total, en que las conversaciones en cuestión se asemejan al gorgojeo de los pájaros o al canto de las cigarras; pueden ser molestos, pero nada más. Si esta persona no escoge una cigarra en particular para no escuchar más que a ésta, deja de buscar, entre las tonterías que escucha, tal o cual pensamiento o tal o cual palabra en especial.

Todos hemos de tratar de alcanzar esa etapa. Hablamos

de ella constantemente, porque es la actitud de nuestros Maestros en el "Mundo" de los cuales tratamos de entrar. Pero, se dirá, "¿Cómo se espera que lleguemos a esta actitud de estos Grandes Seres?" Sin duda, nadie llega a ello en seguida, pero hay que tomarla como objetivo y esforzarnos por acercarnos a ella el máximo posible, y una de las maneras de lograrlo —realmente resulta muy fácil— consiste en no dar la menor importancia a lo que se dice de vosotros.

Llegados ahí, el paso siguiente consiste en reflexionar sobre el Karma negativo que generan estas personas pensando o hablando mal de nosotros. Entonces podemos sentirlo por ellas y es por eso que haremos bien en proporcionar las menos ocasiones posibles para las observaciones inconsideradas y desatentas —en modo alguno porque nos sintamos afectados, sino porque coadyuvan a un mal Karma para las personas que se entregan a ello.

ANTES DE QUE LA VOZ PUEDA HABLAR EN PRESENCIA DE LOS MAESTROS, DEBE HABER PERDIDO LA CAPACIDAD DE HERIR.

A.B.— El discípulo tiene que prescindir de todo lo que pueda ser causa de aflicción para sus semejantes. En las primeras etapas, tiene que aprender a eliminar de su lenguaje todo lo que pueda herir, no solamente la crítica acerba o las expresiones poco amistosas, sino también toda expresión que ofenda a otra persona, sea denigrándola, sea atrayendo la atención sobre alguno de sus defectos. Algunas personas, es verdad, por su misma posición, tienen el deber ocasional de exponer a los otros las faltas cometidas, pero se equivocarían al suponer que en el cumplimiento de su deber tuvieran el derecho de ser motivo de aflicción. Cuando la falta se expone de una manera perfectamente amistosa, no existe motivo de aflicción. La palabra sólo es ofensiva si el

deber no se cumple bien. Si el ayudante benévolo no se identifica con su interlocutor sus consejos sólo llegan desde lo externo; son, pues, mal recibidos. Si el ayudante, al identificarse con la otra persona, hubiera tratado de ayudarla compartiendo sus sentimientos hubiera despertado la simpatía en sus emociones. Consciente de esta simpatía, el otro hubiera ganado el despertar de las mejores y más generosas facetas de su carácter y la advertencia recibida no hubiera tenido nada de ofensiva. Si tenéis por costumbre criticar a otra persona y si su crítica le parece ofensiva, buscad en vosotros mismos la imperfección causa de la ofensa. Si queremos perder el poder de ofender, tiene que desaparecer la personalidad separada. Cuando somos conscientes de que la vida de todas las cosas es una, nos resulta imposible infligir sufrimiento a nada, porque todo forma parte de nosotros mismos. Para alcanzar este grado de evolución hay que empezar por corregir progresivamente nuestro lenguaje, corrigiendo primeramente nuestros defectos más remarcables.

C.W.L.— Todo aquel que desee acercarse al Maestro tiene que haber renunciado ya al *deseo* de herir a los demás con palabras. Existe la posibilidad de herir sin querer e inconscientemente, por falta de sensibilidad. Adelantando y elevando nuestra conciencia a un nivel superior, comprenderemos cada vez mejor como reaccionan los demás. Las personas que han practicado la meditación durante muchos años, se dan cuenta de que se han vuelto más sensibles, que, en cierta medida, han progresado hacia la unidad; esto es porque comprenden su entorno un poco mejor de lo que lo hacen las personas que no han hecho los mismos esfuerzos. Alguien, en nuestra presencia, hace una observación que juzgamos desafortunada; la hace de buena fe, sin pensar que sus manifestaciones no son irreprochables y que han herido a alguien. Nosotros, que por reflexión, por el estudio y por los

esfuerzos que hacemos para vivir una vida superior, hemos refinado ligeramente nuestros sentidos, nos sentimos instintivamente cómo la tercera persona va tomar esta observación. Constatamos que ésta se siente desgraciada y quiéramos que la expresión hubiera sido distinta.

Es imposible que un Maestro diga jamás una sola palabra susceptible de herir. Puede suceder que juzgue que es necesaria una reprimenda, pero entonces Él se expresa de modo tal, que la persona amonestada no se siente ofendida. Un discípulo a veces tiene el deber de reaccionar con severidad. Su misma facultad de comprensión le impulsa entonces a declinar la tarea; pero si el Yo Superior afirma su imperio, si esto es absolutamente necesario, el discípulo se expresará no solamente con severidad, sino también con la calma de un juez, y sin indignación.

ANTES DE QUE EL ALMA PUEDA HALLARSE EN PRESENCIA DE LOS MAESTROS, SUS PIES DEBEN HABERSE LAVADO EN LA SANGRE DEL CORAZÓN.

A.B.— Esta sentencia tiene tras ella una tradición oculta muy antigua, y se ha dado a los hombres de muchas maneras distintas: Se refiere a la doctrina del sacrificio que se encuentra todavía en varias religiones bajo formas diversas, aunque en general su sentido se haya perdido. La expresión empleada aquí se refiere a lo que algunas veces se denomina el sacrificio de la sangre de la alianza, de la sangre cuyos rasgos más extraños subsisten en medio de las tribus descendientes de las razas más antiguas.

Remontándonos en el curso de existencias pasadas, hemos observado un incidente que podrá hacer comprender la idea que se encierra en el sacrificio y la alianza de la sangre. Hace muchísimo tiempo, Aquel que ahora es el Maestro

Morya, era un gran rey. Su único hijo (que era H.P.B.), todavía adolescente, fue confiado al capitán de los guardias (que era el coronel Olcott). Un día, el muchacho, estando solo con el capitán, dos conspiradores que querían asesinar al primero corrieron hacia él y lo hubieran matado si el capitán no se hubiera interpuesto entre ellos y no hubiera salvado al príncipe a costa de sus propia vida. El príncipe sólo perdió el conocimiento, pero el capitán, moribundo, yacía encima de él y, como la sangre manaba de la fatal herida. mojó su dedo en ella y la puso a los pies del rey. El rey le pregunta: "¿Qué puedo hacer por ti que has dado tu vida por mí y por mi hijo?" El capitán, a punto de morir, responde: "Concededme que vuestro hijo y yo podamos, en otras existencias, servirnos siempre." El monarca dice entonces: "A causa de la sangre que se ha derramado por mí y por los míos, la alianza que nos une jamás se romperá". Llegó un tiempo en que el rey se convirtió en Maestro: la alianza subsiste: toma la forma de lazo que une el Maestro al discípulo y nunca tendrá fin. Al sacrificar su vida corporal el capitán había creado un lazo que le confirió la vida real, aquella que un discípulo recibe del Maestro.

Si os he relatado esto es porque encierra una gran verdad: cuanto más tenemos la fuerza de sacrificar todo lo que para nosotros representa la vida, y de depositar a los pies del Yo Superior la sangre del yo inferior, más en realidad nuestra vida, en lugar de disminuir aumenta. Toda la evolución de la joven humanidad se hace por el sacrificio voluntario de la vida inferior a la vida superior. Cuando este sacrificio es completo, el hombre descubre que en lugar de perder la vida se ha convertido en inmortal. El signo exterior del sacrificio permite comprender mejor el principio; atrae la atención sobre esta verdad fundamental: la vida inferior no logra la verdadera meta de su evolución más que por su sa-

crificio a la vida superior. Esta verdad, originalmente, estaba simbolizada por los sacrificios al uso en muchas religiones. El lazo de sangre se deriva del mismo principio. La vida inferior se sacrifica a la vida superior y ésta eleva a la primera por el lazo que jamás se rompe.

El discípulo tiene que lavar sus pies en la sangre del corazón. Tiene que ofrecer íntegramente todo lo que ama y aprecia, todo aquello que le parece que constituye su misma existencia; pero al perderlo, triunfa en la vida superior. En general, la sangre no se derrama literalmente, si bien algunas veces tiene que serlo en realidad. Simbólicamente siempre hay efusión de sangre, pero solamente por lo que concierne al discípulo en ese momento; porque la pérdida sufrida es sensible para él. Sacrifica literalmente lo que para él constituye la existencia, y le parece que la ofrece sin posibilidad alguna de recuperarla jamás. Una gran prueba determina si el sacrificio del discípulo es completo; permite ver si el alma tiene la fuerza de lanzarse voluntariamente en la nada, de prodigar toda la sangre de su corazón sin esperanza de recompensa. Si el discípulo es incapaz de ello es que todavía no puede hallarse en presencia del Maestro. Por el contrario, si llega a rechazar todo lo que ha tomado hasta aquí para la vida, entonces el testimonio del pasado y la verdad de la ley declaran que recuperará esta existencia en una vida más poderosa y más elevada que aquella de la que se ha privado. Es necesario que este sacrificio haya tenido lugar antes de que el discípulo, al pasar a la vida superior, se encuentre en presencia de los Maestros. Ha sido, pues, fuerte en razón directa de la firmeza de la que ha dado prueba al cumplir el sacrificio.

C.W.L.— Esta frase tiene como sentido: el hombre que desea estar de pie en presencia de los Maestros tiene que

haber sacrificado el yo inferior al Yo Superior. Los pies del alma, su personalidad terrestre, tienen que ser lavados en la sangre del corazón o de las emociones, antes de que la vida superior pueda llegar a ser accesible.

En la vida, esta es una ley general. El niño pequeño disfruta mucho con sus juguetes, pero luego crece, sus juegos infantiles ya no son para su edad, los abandona a fin de sobresalir en los ejercicios más serios. En la facultad, el adolescente, para aplicarse al estudio renuncia a menudo a solazarse, lo cual le gustaría mucho más; o bien renuncia al atractivo de una lectura para absorberse bien en los verbos griegos, bien en otros estudios que le parecen de poco interés y poco útiles. Si se entrena para una carrera de atletismo, o para el remo, renuncia a las buenas comidas y, hasta después de la carrera, se impone un régimen frugal y severo.

En el sendero del ocultismo uno se da cuenta de que muchos de los placeres considerados como tales en el mundo exterior, no representan más que una pérdida de tiempo. Hay casos en que hace falta un verdadero esfuerzo para separarse de ellos; a la llamada de la vida superior, el aspirante responde, pero a expensas de su naturaleza inferior; para alcanzar la vida superior tiene entonces que rechazar la inferior, pero más tarde, ésta perderá todo atractivo. Desde el momento en que el hombre ha comprendido plenamente la vida superior, la inferior deja absolutamente de existir para él, pero en muchos casos se ve obligado a rechazar la segunda antes de entrar realmente en la gloria y en el gozo de la vida espiritual.

He conocido a muchas personas que, ante ocasiones favorables y en ese momento preciso, se han vuelto atrás; han fracasado al no estar preparadas para sacrificar todo aquello de lo que hasta entonces habían disfrutado, sin, aparen-

temente, recibir nada a cambio. A menudo, un hombre, temiendo prescindir de una cosa antes de poder conseguir otra, se aferra a la menos elevada, pero no se siente satisfecho porque ha entrevisto la más elevada. ¡Sacrificarlo todo a la llamada del Maestro! Uno se pregunta si esto será posible; ha pensado muy a menudo, y ha esperado que cuando llegue el momento lo hará, pero, ¿será posible para vosotros hacerlo a conciencia y sin pena? ¡Cuántos hay que han trabajado durante años y años, que se extrañan de no haber llegado, de no estar entre el número de aquellos a los que el Maestro puede llamar muy cerca de Él! La razón es siempre la misma: es la personalidad bajo una forma u otra la que les impide avanzar. Este sacrificio total no se cumple tergiversando siempre, hoy dando, mañana buscando guardar, ni con orgullo tomando la afectada actitud de "quien lo ha dado todo". Esta actitud no vale nada. Hay que llevar a cabo el sacrificio como una cosa totalmente natural y con serenidad. La persona a la cual le aguarda el éxito se dice que el único partido a tomar es decidirse, cuando llegue el momento, a la gran renunciación.

CAPÍTULO III (LIX)

LA PRIMERA REGLA

Mata.....

A.B.— Es con la expresión “mata” que empieza cada una de las reglas breves. Importa comprenderlo bien. Hay dos maneras de eliminar o de matar un mal pensamiento, una mala costumbre, una mala acción. Veamos primero el pensamiento, porque al haber suprimido el pensamiento, el resto resulta muy sencillo. Suponed que un mal pensamiento nace en la mente de un hombre: éste constata que tiene una tendencia a repetirse; su primer movimiento, en general, es luchar contra él, oponérsele con toda su energía y expulsarlo violentamente, tal como se haría con un enemigo físico; decidido a hacerlo salir de la mente, lo sacude por los hombros y lo hecha fuera.

Este método no es el mejor; prescinde de la gran ley presente en toda la naturaleza: la acción y la reacción son iguales y opuestas. Lanzad una pelota contra una pared; rebotará y volverá a golpearos suavemente si la habéis lanzado suavemente, pero lo hará con una gran fuerza si la habéis lanzado violentamente. El mismo principio rige para todo.

Suponiendo que expulsáis enérgicamente un pensamiento de vuestra mente, se produce de inmediato una reacción. El retroceso os hace experimentar una verdadera sensación de abatimiento y el pensamiento puede volver sobre vosotros con una fuerza acrecentada. La energía que habéis puesto en juego se incorpora a un pensamiento; vuelve a vosotros y tenéis que volver a empezar la lucha. En estas condiciones, un hombre puede luchar algunas veces durante semanas, meses, o incluso durante años, sin obtener beneficio. Sin embargo, con el tiempo, es posible destruir de ese modo un mal pensamiento, pero destruyendo al mismo tiempo una gran parte de vuestra propia fuerza y de vuestra energía, de vuestro poder mental, de modo que la lucha habrá tenido como consecuencia cierto endurecimiento, cierta atonía de una parte del cuerpo mental.

La otra manera de destruir consiste en reemplazar el mal pensamiento por un buen pensamiento de naturaleza exactamente opuesta. Empezad por estudiar bien la cuestión y decidid qué es exactamente lo contrario, la antítesis del mal pensamiento. Cread mentalmente y con calma el nuevo pensamiento; después, en el momento en que surge el mal pensamiento, substituidlo por el buen pensamiento contrario. de ese modo podríais substituir: al orgullo por la bondad, a la cólera por el afecto, al temor por la admiración, a los bajos deseos materiales por pensamientos puros, dignos, honorables y otros parecidos; también podríais fijar un pensamiento devoto sobre el Maestro en quien esta cualidad está presente y olvidaros de vosotros mismos pensando en Él.

La mente humana, al no poder concentrarse simultáneamente en dos objetos distintos, si la fijáis en un buen pensamiento, el malo se encontrará expulsado sin que vosotros tengáis que realizar ningún esfuerzo. Nada de energía mental desperdiciada; nada de vitalidad perdida. El buen pensamien-

to muy pronto se irá fortaleciendo; la mente se cierra ante los ataques del mal pensamiento y deja de responder a los pensamientos de esta índole; en resumen, habéis destruido el mal intensificando y revitalizando el bien, que es lo opuesto. Parece que al haber arrebatado su vida al mal pensamiento, ésta se haya convertido en un simple cascarón. Esta desvitalización es muy eficaz en la destrucción de los malos pensamientos.

Así pues, tenemos dos medios para destruir: el primero por la muerte, el segundo por el desarrollo. Uno es utilizado sobre todo por las personas que se han incorporado al sendero de la izquierda, opuesto a la Voluntad divina; el otro es la evolución de acuerdo al plan divino. Las dos vías están abiertas ante nosotros; somos libres para elegir. En este mundo todo evoluciona, todo sigue una u otra vía.

Las áreas de su sistema en las cuales Ishvara desarrolla Su imagen poseen un determinado libre albedrío, es decir, que pueden actuar conforme a la Voluntad divina o pueden hacerlo independientemente de ésta como individuos separados. Aquellos que trabajan con Ishvara terminan por comprometerse con el sendero de la derecha, pero aquellos que, con un propósito deliberado, eligen el yo separado se preparan para seguir el sendero de la izquierda. Generalizando, todo lo que conduce al aislamiento sitúa al hombre a la izquierda; todo lo que tiende hacia la unidad lo encamina hacia la derecha. Las personas del sendero de la izquierda matan la comprensión, el afecto, y el amor, porque se dan cuenta de que estas cualidades son causa de sufrimiento y que, además, impiden la adquisición de poder. El método destructivo es, pues, generalmente, el preferido por aquellos que buscan el poder y las demás ventajas que consideran deseables en la vida presente, y esto para afirmar y satisfacer el yo separado, sin dedicar un pensamiento al bien colectivo, ab-

sorbidos en su propio progreso en sus ganancias personales. Destruyen violentamente en su propia naturaleza todo aquello que podría cerrarles las vías del poder. Destruyen también el afecto, porque esto conduce al dolor y porque es mucho más fácil llegar a la indiferencia destruyendo el afecto que no desarrollando cada vez más la sensibilidad..

El método que se nos ha enseñado es el de la unión; es el sendero en el cual el discípulo responde a todas las llamadas de sufrimiento, tal como lo enseña con tanta energía *La Voz del Silencio*. El discípulo no tiene que reducir sino intensificar su vida; tiene que someterse a la ley, y no luchar contra ella. Entonces, naturalmente, la ley estará de su lado. Su método recuerda la lucha tal como se enseña en el Japón, y en la cual se logra el éxito cediendo ante el adversario. El luchador cede y va cediendo, pero en el momento crítico, hace un movimiento que obliga a su rival a emplear su fuerza contra sí mismo. Este es el principio del yoga del Sendero de la derecha; Shri Krishna dice en el *Gitâ*: "En esto no existe ni esfuerzo ni transgresión"¹.

C.W.L.— Muchas personas , a las que se les pide que supriman un deseo, puede decirse que empiezan por atacarlo violentamente y, en su deseo de destruir esa cualidad negativa se vuelven contra ella con gran vigor, casi con cólera. Es por eso que el resultado que provocan en todas las fuerzas antagonistas, interiores o exteriores, es la más áspera de las resistencias y desembocan en una lucha seria. Dotado de la voluntad suficiente, un hombre termina por vencer pero, muy a menudo, al prodigar su propia fuerza, su vigor y su energía mental, se queda muy empobrecido y agotado.

¹ Op. cit., II, 40.

Puedo certificar que el método de substitución es mucho más eficaz. Yo he ensayado los dos. Es una especie de *jiujitsu* moral que consiste en tomar como auxiliar la fuerza del adversario. Atacáis menos al enemigo de lo que concentráis toda vuestra atención en la virtud opuesta. Si, por ejemplo, un hombre se deja llevar por la cólera, no tiene que combatir esta inclinación frontalmente, sino que, sobre todo, tiene que fijar constantemente su pensamiento en la calma, la paz y la filosofía. Este pensamiento no tardará en afirmarse, ayudado por la costumbre, y constatará que su antigua agitación y su falta de calma han desaparecido sin oponer una resistencia desesperada. Si se rodea de formas de pensamiento como por ejemplo, "no seas irritable", etc. su color es siempre el de la irritabilidad y reaccionan inoportunamente en él. Pero si piensa con fuerza: "Ten calma, sé benévolo, pacífico", despierta vibraciones que favorecen y hacen nacer de por sí la paz y la armonía. No queremos combatir un vicio con otro; queremos ignorarlos todos y desarrollar la virtud opuesta: el efecto será también bueno y lo conseguiremos con mucho menos sufrimiento.

Decimos: "Mata el deseo", pero no decimos: "Mata la emoción". Las emociones superiores siempre tienen que ser estimuladas: cuanto más fuertes sean, mejor será, sobre todo si se trata del amor verdadero y de la devoción, que hay que cultivar metódicamente. Cuando una persona se siente invadida por una emoción de este tipo, su aura se dilata; su cuerpo astral adquiere un volumen tal vez diez veces superior al normal en el caso de una persona corriente, y mucho más cuando la persona sabe utilizar sus vehículos superiores. Cuando el paroxismo de la emoción ha terminado, el aura vuelve a recogerse en sí misma, pero ya no vuelve a ser la que era antes; gracias a su reciente expansión, ahora es un poco más grande. La expansión tiene como primer efecto la

rarificación del cuerpo astral, pero muy pronto atrae hacia él materia astral para llenar el espacio adquirido y recuperar al poco tiempo su densidad normal.

El cuerpo astral es muy necesario; permite simpatizar con los demás; además, sirve de espejo para el cuerpo búddhico. En una persona desarrollada los únicos colores visibles en el cuerpo astral son los reflejos de los planos superiores; este cuerpo no refleja y no presenta más que las tonalidades más delicadas.

El Yo Superior se relaciona de tres maneras con la personalidad. La mente superior se refleja en la mente inferior. El buddhi o intuición se refleja en el plano inmediatamente inferior, en el cuerpo astral. También hay una posibilidad de relación entre el atma y el cerebro físico. Este último contacto es el más difícil de comprender; se traduce por un formidable poder de voluntad que se ejerce sin preocuparse por los medios para alcanzar la meta. Es el método del primer rayo, el de la Dra. Besant. Ella posee la gran cualidad de tomar una decisión sin detenerse en el examen de los medios para llevarla a cabo; sólo piensa en ello después. Los límites de la voluntad humana son desconocidos para nosotros. La fe mueve montañas, se dice, y las echa al mar. Ignoro la ventaja especial que esto representaría pero, ciertamente, he visto resultados realmente sorprendentes debidos a la voluntad humana, de la que ignoro los límites. La voluntad determina por sí misma, sobre todo en los planos superiores, resultados increíbles. Por ejemplo, cuando emprendí el estudio de las materializaciones, y según el método que seguía, tuve que aprender exactamente la manera cómo se hacen —trabajo bastante complicado que necesita un conocimiento preciso de las diferentes substancias a reunir, y del mejor modo de disponerlas. Ahora bien, una persona que conocí, absolutamente ignorante de todo esto, pero dotada de una fuerza de

voluntad extraordinaria, emprendió de golpe una materialización y la consiguió sin reunir todos los elementos muy diversos de los que tenía necesidad, y sin parar mientes para nada sobre el método a seguir. Una voluntad como esa representa una de las facultades latentes en cada uno de nosotros, pero son muy pocas las personas en las que se manifiesta y produce un resultado semejante, sin estudios prolongados y cuidadosos.

Yo creo que, en general, la manera más fácil de ponerse en contacto con el Yo Superior es unir la mente superior a la mente inferior, pasando del pensamiento concreto al pensamiento abstracto, o del análisis a la síntesis. Sin embargo, he visto casos donde la conciencia búddhica se obtuvo sin perturbar para nada las relaciones normales entre los cuerpos mental y causal. Sé, de una alta autoridad, que esta unificación de los cuerpos búddhico y astral es el camino más corto, pero para ser capaz de llevarlo a cabo tiene que haberse sufrido mucho en las vidas precedentes. Las personas a quienes esto les resulta posible, se elevan a fuerza de amor y de devoción, hasta el vehículo búddhico y se unen a él; sin embargo, su mente inferior está lejos de haber adquirido un desarrollo que le permita colaborar con la mente superior; el cuerpo causal mismo no está desarrollado. No hay que decir que estos dos cuerpos tienen que estarlo; no hay que descuidarlos. Desde el cuerpo astral, el aspirante actuará sobre la mente inferior; la desarrollará y aprenderá todo lo que ésta tiene que aprender mediante su amor y su devoción. El discípulo siente por su Maestro un amor tan profundo que, para servirle, adquirirá los conocimientos requeridos y de ese modo desarrollará su inteligencia tanto como haga falta. Actúa igualmente desde lo alto sobre el cuerpo causal; le hace llegar la idea búddhica y le impone la expresión en la medida en que el cuerpo causal es capaz a su

modo.

1. Mata la ambición.

A.B.— Pasamos ahora a la primera regla relacionada especialmente con la ambición. El hombre no desarrollado está en estrecha dependencia con las atracciones de los sentidos; desea el bienestar físico y los placeres del cuerpo. No experimenta la ambición o el deseo de poder, antes de que la mente esté muy desarrollada y que las facultades intelectuales no se hayan fortalecido. La característica personal es la misma que la del intelecto; proporciona al hombre la sensación de sentirse separado de los demás, lo que, inevitablemente, le conduce a querer ejercer el poder, afirmando el alma individual mediante este deseo su propia existencia. Se siente superior a todo lo que le rodea, y esto se traduce por el deseo de dominación física, de donde nace la tentación de buscar y ejercer el poderío político y social. En la esfera política y social, la ambición es la gran fuerza motriz, porque el hombre que, gracias a su inteligencia, consigue influir en sus semejantes, aparece como un líder; y eso es como un incienso que sube hasta las narices del hombre orgulloso y altanero.

Como consecuencia, el hombre empieza a despreciar el poder *exterior* que ejerce en los cuerpos de sus semejantes; concibe la idea de una clase de poder más sutil y busca adquirirlo. Ya no quiere imponer las leyes en medio del dominio físico; su ambición es más sutil: quiere dominar y gobernar las inteligencias —ambición intelectual— deseo de ser un líder intelectual. Para ser susceptible a una ambición de este tipo hace falta estar intelectualmente muy desarrollado.

Más adelante todavía, cuando este deseo se ha tomado su tiempo, la ambición reaparece en una forma todavía más sutil, en el momento en que el hombre pasa a la vida espiritual.

Considera su progreso espiritual como realizado por él mismo y para sí mismo; es *él* quien quiere crecer, comprender y avanzar. En el fondo, la antigua ambición le sigue poseyendo siempre, convertida en mucho más peligrosa puesto que es más elevada y más sutil. He aquí porque, en la nota añadida al aforismo, el Maestro añade esta remarcable declaración: "El artista virtuoso que trabaja por amor a su obra está algunas veces más firmemente asentado en el verdadero camino que el ocultista que se imagina haber erradicado de sí el interés propio, pero que, en realidad, sólo ha ampliado los límites de la experiencia y del deseo, y ha transferido su interés a cosas que atañen a una envergadura más amplia de su vida". Si el ocultista no se limita más que a las ambiciones de su presente encarnación, muy bien puede suceder que su ambición haya sobrevivido. No quiere ser ni un legislador, ni un rey, ni siquiera un árbitro en el campo intelectual, sino que quiere asegurarse una posición elevada en el mundo espiritual. Constata que sus vidas sucesivas no serán más que una sola y su ambición abarca toda la duración de esta existencia prolongada. Su deseo sigue siendo ser el primero, estar separado, ser aquello que los demás no son. Este deseo, también tiene que vencerse.

Lo primero a recomendar a aquellos que desean compartir la vida universal es la de destruir el elemento separativo. Sin embargo, no representaría ninguna ventaja situar un ideal semejante ante los ojos del hombre ordinario; éste es incapaz de lanzarse de inmediato desde la vida de este mundo a una vida espiritual donde estará plenamente activo pero sin llevar nada a cabo que tenga que ver con el yo personal o individual. Si a un hombre ordinario le decís que mate la ambición y, admitiendo que lo haga, esto no será ninguna ventaja; quedará aletargado y permanecerá inactivo.

Supongamos que un hombre está más adelantado que

eso y que sigue el sendero de probación. ¿Cómo va, él, a interpretar esta regla relativa a la ambición? Con toda sensatez, aplicará la palabra *matar* a la forma inferior de la ambición; de hecho, tiene que considerarla como sinónima de transmutar. Mientras de ambicionar las cosas de aquí abajo, tiene que fijarse una meta superior, digna de su ambición: esta sería el deseo de instruirse y de crecer espiritualmente. En esta etapa, el hombre no se despoja totalmente de la ambición; pasa a una etapa intermedia y realizará grandes progresos si su objetivo es adquirir la sabiduría espiritual, encontrar al Maestro y, finalmente, convertirse él mismo en un Maestro. En el fondo, todos estos deseos siguen siendo ambiciosos, pero ayudarán al postulante a rechazar muchos de los obstáculos que paralizan la personalidad.

Esta ambición que el discípulo está llamado a destruir no ha resultado inútil para él en su evolución anterior; gracias a ella, su individualidad se ha afianzado y se ha asentado. En las primeras etapas, el hombre se ha desarrollado aisladamente; la evolución de los cuerpos físico y mental exigió la competición y la lucha; todas estas etapas de lucha y rivalidad tuvieron, pues, su utilidad para constituir al individuo y para proporcionarle la fuerza necesaria para el mantenimiento de su propio centro; le hacía falta también las ventajas mundanas refrendadas por la ambición; lo mismo que para construir una casa hace falta un andamiaje. Para empezar, la ambición ha servido para muchas cosas: para construir los muros y hacerlos más sólidos, para fortalecer la voluntad, para ayudar al hombre, paso a paso, en su marcha ascendente. El hombre en quien predomina la ambición sofoca también los deseos sexuales y otros, porque son un obstáculo para su crecimiento espiritual y la adquisición de poder; domina así sus pasiones inferiores.

No le diréis al hombre mundano: "Mata la ambición",

porque la ambición lo estimula y pone al día sus cualidades. Pero cuando se convierte en discípulo, el hombre tiene que alcanzar la vida espiritual, tiene que desembarazarse de los muros de los que se ha rodeado en las etapas anteriores. La casa construida, tiene que retirar los andamiajes. Igualmente, la evolución humana ulterior consiste en hacer que los muros sean translúcidos, con el fin de que toda vida pueda atravesarlos. Estas reglas son, pues, para los discípulos y no para la gente mundana.

C.W.L.— En el hombre no desarrollado, la ambición se manifiesta, por ejemplo, como el deseo de riqueza, con el fin de satisfacer la pasión del bienestar y de los placeres físicos. Más adelante, al desarrollar el intelecto, el hombre ambiciona el poder. Entonces, al igual que el hombre se ha elevado por encima de la ambición y de las atracciones de este mundo, y que trabaja desinteresadamente por la humanidad, muy a menudo conserva una ambición, la de constatar el resultado de sus esfuerzos.

Mucha gente dedican voluntariamente y muy seriamente su tiempo para hacer el bien, pero esperando que los demás se enteren de ello y digan: “¡Qué desinteresados y serviciales son!” Esto, todavía es ambición, sin duda mucho más atenuada que otras, pero ambición personal; ahora bien, todo lo que es personal retrasa la marcha del discípulo. El yo inferior tiene que ser completamente eliminado. Tarea muy difícil porque las raíces son muy profundas; cuando son arrancadas, el hombre sangra y le parece que su mismo corazón le haya sido arrancado.

Después de haber eliminado el deseo de ver el resultado de nuestro trabajo, todavía conservamos el de verlo recompensado de una manera más elevada. Puede que ambicionemos todavía el amor; que deseemos la popularidad. Está bien,

y es útil ser popular, y hacerse querer de sus semejantes, puesto que, al mismo tiempo, el poder del que el hombre dispone se acrecienta; esto le permite hacer más de lo que haría de otro modo, y también le rodea de una atmósfera agradable que facilita toda serie de trabajos. Pero, si el deseo de popularidad tiene un carácter ambicioso, hay que evitarlo. Podemos disfrutar legalmente de nuestra felicidad si el amor nos llega: es bueno y es justo, es un karma bueno; pero si el amor se aleja, no lo retengamos. No podemos apropiarnos de alguien y decirle: "os conmino a que me améis; os conmino para que me apreciéis". Si el interlocutor está dispuesto a ello, lo hará; de otro modo, no podrá hacerlo y nada será peor que pretender lo contrario.

Al elevarnos por encima de todos estos estados de ambición que existen todavía en el mundo ordinario, hemos de dar por el placer de dar, tanto si se trata de nuestro trabajo, de nuestras limosnas, de nuestro amor o de nuestra entrega, dar siempre con largueza y de corazón, sin esperar jamás una recompensa. He aquí el único amor verdadero; no es aquel que no deja de preguntarse: "¿Hasta qué punto me ama éste?" Por el contrario, hay que decir: "¿Cómo depositar a los pies de aquel a quien amo la entrega total de mí mismo? ¿Cómo serle útil? ¿Qué puedo hacer por él?" Este sentimiento es el único que merece un nombre tan bello. Todo esto lo sabemos perfectamente, pero hay que ponerlo en práctica. A veces esto parece difícil, porque todavía queda por eliminar un resto del yo inferior.

Para el hombre ordinario, puede que incluso para aquel que se acerca al Sendero, pienso que sería bueno especificar hasta cierto punto y decirle: "Mata las ambiciones inferiores". No es apropiado presentar a un principiante un modelo de conducta al cual no puede esperar acercarse más que después de años de esfuerzo. Un hombre que esté movido

por ambiciones terrenales, ¿cómo puede esperarse que las abandone todas sin tener nada con que reemplazarlas? Además, si se lo propusiera, nada demuestra que un cambio tan brusco sea bueno para él. Primero tiene que dedicarse a la transmutación de sus ambiciones; por propia voluntad puede desear vivamente instruirse, avanzar en ocultismo, progresar en altruismo; por último, puede desear acercarse al Maestro y ser aceptado como discípulo.

Casi todos nosotros tenemos deseos parecidos, pero los llamamos aspiraciones; el cambio de nombre parece inferir un cambio total en nuestra actitud, pero que quede claro que siempre son deseos. Alcanzaremos una etapa en que esos mismos deseos desaparecerán, porque entonces estaremos absolutamente seguros de que nuestro progreso depende exclusivamente de nuestros esfuerzos; a partir de ahí ya no quedará nada por desear. El Maestro dijo un día: "No deseéis nada; el deseo es débil; ¡hay que *querer!*" No digáis nunca pensando en una cualidad que buscáis desarrollar: "Quisiera poseerla". Decid más bien: "*Quiero tenerla*" i después haced lo que haga falta para alcanzarla. Es la única manera de proceder porque somos absolutamente libres de realizar o no el esfuerzo necesario. Podemos escoger.

En primer lugar se trata de una cuestión de transmutación. El deseo de crecimiento espiritual es uno de aquellos que las personas que se acercan al Sendero no tienen que alentar en sí mismas, pero en la etapa intermedia es natural. Como estudiantes, deberíamos situarnos en la etapa en la cual, considerando nuestro progreso espiritual como sobrentendido, pongamos en juego todas nuestras energías para ayudar a nuestros semejantes. Para empezar es necesario un motivo personal; consecuentemente, poco a poco, el hombre llega a olvidarse de si mismo; es por el Maestro y con el fin de complacerle que desea avanzar; finalmente apren-

de que él es un canal útil, sin preocuparse para nada del resultado. Pone, pues, toda su atención para que nada en él le impida expresar la vida divina y expresarla tan fielmente como sea posible. Y esto no perturba en absoluto su calma; no desea que su fuerza se utilice de una manera más bien que de otra, él es un simple instrumento en las manos de Dios y que Dios empleará cómo y donde Le plazca.

Naturalmente, esta actitud sólo es posible alcanzarla gradualmente, pero hay que considerarla como la disposición mental a adquirir. Hay que empezar por olvidarnos del yo, por desarraigarlo cuidadosamente. ¿Es que no obtenemos el adelanto que nos parece debido después de tantos años consagrados a la reflexión y al estudio? Las personas a las que ayudamos, ¿no demuestran ningún reconocimiento, como ocurre generalmente? Todo eso importa poco. Olvidémonos de nosotros mismos; trabajemos y que toda recompensa nos deje indiferentes. El Karma cuidará de todo; no tengamos ningún temor. Las grandes leyes del universo no perderán su inmutabilidad a fin de perjudicar injustamente a ninguno de nosotros; tengamos la plena seguridad; estas leyes tienen los platillos equilibrados y su acción es infalible, aunque tarde. *Dejad de pensar en vosotros mismos*; ese es el primero y ese es el último consejo sobre el Sendero del ocultismo: No existe otro medio. La tarea puede parecer muy dura, pero hay que cumplirla y cumplirla perfectamente.

He aquí que hemos llegado a la primera nota del Maestro Hilarión añadida a la primera regla. Voy a estudiarla en detalle. Empieza con estas palabras:

La ambición es la primera maldición; la gran tentadora del hombre que se eleva por encima de sus compañeros. Es la forma más sencilla de buscar recompensa.

Expresado en términos curiosos, esta idea es indudablemente cierta. La primera tentación que sufre un hombre que se sitúa, en cierto sentido, por encima de sus semejantes, es el considerarse como un personaje, lo cual le incita a elevarse más todavía, con el fin de hallar en su orgullo un gozo acrecentado.

Es la que desvía continuamente a los hombres inteligentes y capacitados de sus posibilidades.

Hay que poseer la facultad de la clarividencia para saber hasta qué punto estas palabras son ciertas. Los discípulos de los Maestros, yo creo, han tomado obligatoriamente la costumbre de considerar a todas las personas con las que se cruzan desde el punto de vista de su capacidad para convertirse en discípulos. He aquí un hombre que, en ciertos aspectos es evidentemente bueno; el primer pensamiento que despierta en nosotros es éste: “¿A qué distancia está todavía del momento en que podrá convertirse en discípulo del Maestro?” Para nosotros, la mayor recompensa, el adelanto más precioso que se le puede conceder a una persona es que ésta alcance la etapa en la que merecerá ser tomada de la mano por uno de estos Grandes Seres para que su futura evolución pueda ser asegurada. A partir de ahí, el éxito sólo es cuestión de tiempo y, naturalmente, también de perseverancia y de trabajo duro.

Para todo ser humano, el progreso no es sin duda más que una cuestión de tiempo, pero para muchos de los seres humanos se trata de un tiempo tan prolongado que, por así decirlo, pueden ser tomados *en bloc*,² tratados en masa.

² En francés en el texto original.

Desde que el hombre se acerca a la etapa donde se concibe que un Maestro pueda tomarle de la mano, los discípulos del Maestro se interesan en extremo en él y su deseo siempre es el de ayudarle a llegar hasta el punto en que el contacto será posible. No olvidéis nunca: no se trata de lo que el hombre haya merecido: no existe ningún favoritismo. Desde el momento en que, para el Maestro, vale la pena dedicar a este hombre la instrucción y la energía necesarias, el Maestro lo llevará a cabo, pero a condición de que, merced a este discípulo, Él pueda obtener un resultado superior al que produciría la misma energía aplicada a una tarea distinta.

Nos encontramos con muchas personas que no parecen estar muy alejadas de este punto; son tan excelentes en uno u otro sentido, algunas dan tantas esperanzas en todos los sentidos que, a nuestro parecer, encauzando con un poco más de precisión sus energías en una buena dirección, deberían estar preparadas para convertirse en discípulos; y después nos damos cuenta con desencanto de que todo eso no ha ocurrido y que pasan su existencia de manera ordinaria. Lo he observado particularmente con los niños de ambos sexos, entre los cuales me he tomado el trabajo de descubrir sujetos esperanzadores. Muchos niños están muy cerca del punto en que, si sus energías estuvieran dirigidas hacia el camino recto, serían muy capaces de realizar esos progresos, y sin embargo no aprovechan la ocasión. Comprometidos en las competiciones de la vida escolar habitual, pasan a un mundo donde reina el pensamiento inferior; no es que este pensamiento sea malo —no quiero decir eso, si bien alguna vez pueda serlo— sino que son atraídos a una especie de torbellino constituido por pensamientos relativamente a ras de tierra. La meta que generalmente se les propone consiste en el éxito de orden material: convertirse en grandes ingenieros o grandes juristas, o bien dirigir con éxito una

empresa comercial.

No sólo sus padres esperan verles seguir una carrera en el mundo, sino que la tendencia general de la opinión pública les predispone a ello; ahora bien, es muy difícil escapar a los efectos de la opinión pública; ésta no deja de actuar sobre nosotros en todos los sentidos, y ese es el motivo de por qué niños, que parecen reunir tantas de las aptitudes necesarias, raramente alcanzan la meta superior; prefieren una carrera interesante y útil, pero he aquí que ésta no es la meta superior. Yo he seguido y he estudiado algunos casos que me parecía que presentaban unas esperanzas especiales y he constatado que este mismo hecho se había presentado para los egos durante una serie de encarnaciones. Durante doce o veinte encarnaciones, casi reunieron las características deseadas, un poco más e iban a dar el gran paso, pero cada vez daban la vuelta y, en resumen, siempre es la ambición de las cosas de aquí abajo que les hace perder las posibilidades de lo superior.

Al decir que hombres inteligentes y capacitados son constantemente desviados de sus fines más elevados, me parece que el Maestro Hilarión debió pensar en algunos ejemplos parecidos a los precedentes, porque los hombres a los que se les abren las posibilidades superiores deben ser necesariamente hombres de inteligencia y capacitados y no gente ordinaria. Él no dice que la ambición arruine sus existencias, sino únicamente que existen posibilidades superiores que se ofrecen a aquellos a quienes la ambición desvía. Ciertamente, no es malo que un muchacho quiera convertirse en un gran ingeniero, un gran jurista, un gran médico; son hermosas profesiones, pero otros fines son todavía más útiles y si pudiera discernir y escoger entre éstos, verdaderamente no encontrarían otros de mejores. No podemos decir que las actividades de este mundo sean malas, sino solamente que

las hay mejores; se puede sentir preferencia por estas últimas sin ignorar las profesiones en cuestión ni el valor que representan aquí abajo. Entiendo que la mayoría de las personas educadas, dotadas de una capacidad media, podrían dedicarse a ello y triunfar más o menos, mientras que únicamente los hombres que, desde el punto de vista oculto, tienen un pasado, pueden seguir con éxito el estrecho y arduo sendero de la disciplina oculta. Aquellos que lo siguen pueden hacer más bien incluso que los representantes más distinguidos de cualquier profesión; si un niño desea incorporarse a ello y si todo hace pensar que es capaz de ello, nadie debería oponerse.

Y sin embargo, es un instructor necesario. Sus resultados se convierten en polvo y ceniza a la hora de la verdad. Como la muerte y el alejamiento, finalmente demuestra al hombre que trabajar para sí es trabajar para el desengaño.

El hombre que desea alcanzar aquello que durante largo tiempo y tan vivamente ha deseado, se encuentra a menudo que en realidad no es todo lo que había esperado. Aquellos que apuntan al poder y a una elevada posición, se dan cuenta de que el poder es mayormente una quimera, que choca por todos lados con obstáculos. Este fue el caso de Lord Beaconsfield, citado ya anteriormente. Tal vez este estadista hubiera hecho mejor aplicándose con toda su energía a estudiar y a expandir el ocultismo. Sus obras se leen poco en nuestros días, pero dejan entrever sus conocimientos ocultos, como es el caso de su extraordinaria novela titulada *Aloyd*.

Pero, aun cuando esta primera regla parezca tan fácil y sencilla, no la paséis de largo con ligereza. Porque estos vicios del hombre ordinario sufren una

transformación sutil y reaparecen bajo otro aspecto en el corazón del discípulo.

El discípulo es acosado por tentaciones, por dificultades especiales. El hombre ordinario puede mostrarse orgulloso de cualquier resultado conseguido. El discípulo del Maestro sabe muy bien que ningún progreso que consiga no le da derecho a enorgullecerse. Además, conociendo a los Maestros, el orgullo le resultaría difícil, porque toda vanidad abandona al hombre que realmente Los conoce. Tal vez incluso está en condiciones de hacer bien cosas de las que los demás no son capaces pero, por otra parte y por la fuerza de las circunstancias, se encuentra constantemente en presencia de uno o de numerosos mayores que pueden hacer infinitamente muchas más cosas que él; de modo que el orgullo — hay que reconocerlo— se encuentra muy raramente entre los discípulos de los Maestros. Al mismo tiempo, todo esto es de lo más sutil. El discípulo, si no está alerta, comprobará que está orgulloso de su carencia de orgullo; orgulloso de ser humilde, a pesar de todo lo que puede hacer, pensar y decir de asombroso. O aún más, puede tratar de abrirse camino a empellones hasta la primera fila entre los servidores de los Maestros, porque, en su orgullo, imagina que el trabajo será mejor hecho si lo hace él y que su presencia en la directiva es necesaria. Pero, como ha dicho Madame Blavatsky en *Primeros pasos en Ocultismo*: “Nadie puede decir: Yo valgo más o soy más del agrado del Maestro que mis camaradas, y seguir siendo discípulo del Maestro”. Por su parte, la Dra. Besant dijo un día: “Para un ocultista, una de las primeras reglas es la de pasar lo más desapercibido posible, a fin de que su personalidad atraiga la atención también lo menos posible”.

Las personas que, al estudiar ocultismo, no son todavía discípulos pueden caer más fácilmente en la trampa del or-

gullo y esta es una gran dificultad para aquellas que adquieren facultades psíquicas. Estas personas constatan que pueden ver tantas cosas invisibles para los demás, adquirir tanto conocimiento desconocidos por los otros, que empiezan a sentirse superiores a sus semejantes y a menudo las consecuencias son desastrosas. Cuando nos encontramos con psicólogos muy vanidosos yo creo que podemos estar seguros de que no se encuentran todavía en un rango superior y que, si bien sus facultades superiores se desarrollan, todavía no han entrado en contacto con el Maestro, porque la ausencia de orgullo caracteriza absolutamente a aquel que aprende su lección como es debido.

Es fácil decir: "No seré ambicioso". No lo es tanto decir: "Cuando el Maestro lea en mi corazón lo encontrará limpio de toda mancha".

Esto es muy distinto. ¡Nos persuadimos tan fácilmente de que no somos ambiciosos, de que nunca somos egoístas, ni irritables! Nos persuadimos de muchas cosas, pero el Maestro, con una visión infalible, descubre los hechos, no el barniz engañoso con el que los recubrimos cuando nos examinamos a nosotros mismos.

El artista virtuoso que trabaja por amor a su obra, está algunas veces más firmemente asentado en el verdadero camino que el ocultista, que se imagina haber erradicado de sí el interés propio pero que, en realidad, sólo ha ampliado los límites de la experiencia y del deseo y ha transferido su interés a cosas que atañen a una envergadura más amplia de su vida.

Un cínico diría que el verdadero artista así entendido, es desconocido. Esto no es cierto. Personalmente, he tenido

muchos contactos con los medios artísticos de Inglaterra y de Francia. Los artistas muy a menudo se dejan llevar por los celos y por apreciaciones faltas de objetividad, pero he conocido a más de uno de ellos que vivían y trabajaban por amor al arte y no para enriquecerse; esta manera de trabajar les hacía rechazar a menudo ocasiones de situarse en el mundo, con el pensamiento de que no podrían obtener provecho de ello sin ser infieles a su arte. El hombre que, por amor a su arte, consiente en sacrificios semejantes ya se ha desprendido en cierta medida del yo inferior; aunque una forma superior de ambición personal subsista en él, por lo menos ha extirpado en gran parte el simple yo inferior cuando ha dejado de ambicionar la fortuna y el éxito.

Hay una etapa en la que el ocultista ha superado completamente todos los deseos que se refieren a la personalidad, en la que se ha elevado por encima de las ambiciones humanas ordinarias, pero en que todavía sigue siendo ambicioso para su individualidad separada o Ego cuyos progresos le interesan más que el bien que podría hacer a otros. Entonces, muy bien puede ser que un artista que haya sacrificado todo pensamiento egoísta, incluso desconociendo totalmente el ocultismo, avance por el recto camino con un paso más firme que un ocultista como el que hemos mencionado.

El mismo principio se aplica a las otras dos reglas, en apariencia tan sencillas; medita sobre ellas y no te dejes engañar fácilmente por tu propia corazón.

El Maestro habla aquí de las Reglas 2 y 3 de las que nos ocuparemos en el próximo capítulo y que nos prescriben matar el deseo de vivir y el deseo de bienestar; nos pone en guardia contra los tres géneros de deseo, porque la mente muestra una destreza extraordinaria e incluso diabólica para

encontrarnos excusas y mil razones para actuar como se nos antoje. Es posible que no nos consideremos especialmente dotados intelectualmente, pero si pasamos revista a las excusas que nos inventamos para hacer lo que queremos, estamos obligados a reconocer —en general— que sobre este punto hemos demostrado unas capacidades asombrosas.

Pues ahora, en el umbral, un error puede corregirse. Pero si lo arrastras contigo, crecerá y fructificará, o bien tendrás que sufrir amargamente al destruirlo.

C.W.L.— Aquí termina la larga nota añadida por el Maestro Hilarión a la Regla 1. Cuanto más se avanza en el sendero del desarrollo oculto, más profundamente queda engullido cada defecto no extirpado. Supongamos que se trata del egoísmo, el más grave de todos los defectos y el más común, puesto que es el origen de tantos otros. La persona que ha suprimido toda manifestación externa de egoísmo, puede creerse totalmente liberada, aunque el defecto en sí puede que no haya sido superado todavía; cuanto más vaya avanzando en el Sendero, más este defecto se disimulará. Mientras tanto, la persona fortalece gradualmente las vibraciones de sus vehículos, si bien todas sus cualidades, buenas o malas, se irán intensificando enormemente. Si persiste una mala cualidad, tal vez invisible para la persona en sí y para sus amigos, cada vez se irá haciendo más y más fuerte; y llegará un día en que, inevitablemente, irrumpirá y se manifestará. Entonces, por el mismo hecho de los grandes progresos realizados, será determinante de un desastre mucho más serio de lo que lo hubiera sido en una etapa anterior y su destrucción, sin duda, producirá algunas veces mucho sufrimiento.

A.B.— En el Sendero, el trabajo tiene que hacerse a fon-

do. En el umbral, los errores son fáciles de corregir pero, a menos que el discípulo deje absolutamente de desear el poder desde las etapas iniciales de su noviciado espiritual, este deseo no dejará de ir aumentando en fuerza; si, al no haberlo anulado allí donde tiene por base los planos físicos, astral y mental, esto le permite instalarse en el plano espiritual del Ego y será mucho más difícil extirparlo. Establecida de este modo en el mundo causal, la ambición sigue al hombre de existencia en existencia. Los cuerpos físicos, astral y mental mueren y el hombre recibe otros nuevos, pero el cuerpo causal no muere más que al fin del Kalpa. El discípulo tiene, pues, que esmerarse en no permitir que la ambición espiritual alcance el cuerpo causal e introduzca en él elementos de separatividad que vayan aherrojando cada vez más la vida.

Trabaja como aquellos que son ambiciosos.

A.B.— Aunque esta frase esté situada en el libro al principio de la Regla A, quiero examinarla aquí, donde encuentra su aplicación especial. Se trata del comentario de la Regla 1, dado por el Chohan. Tomaremos simultáneamente la regla y el comentario explicativo del Chohan; su aproximación nos proporciona el sentido. Leamos pues: “1. Mata la ambición, pero trabaja como trabajan los que son ambiciosos. 2. Mata el deseo de vivir, pero respeta la vida como aquellos que la desean. 3. Mata el deseo de bienestar, pero sé feliz como lo son los que viven para la felicidad”.

Desear el poder, la vida y la felicidad, he aquí lo que empuja aquí abajo a los hombres a la acción. Estos son los premios ofrecidos a todos por Ishvara; de ello resulta que la evolución progresa. Todos los esfuerzos que uno se impone para conseguirlos hace que nazcan las cualidades y favorecen la evolución. Si todo esto desapareciera de súbito, el hom-

bre perdería toda ambición, todo deseo de vivir y de ser feliz. Esta es una etapa por la que pasamos antes de que se despierte completamente en nosotros el deseo intenso de la vida espiritual —etapa a la que se le da el nombre de vairagya y que nace de la saciedad. El hombre ha saboreado el poder y no ha encontrado la felicidad en él; ha trabajado para conseguirlo y lo ha logrado, pero ha constatado que para el yo interno, el poder no es más que un desengaño, no es lo que se había imaginado, no proporciona ninguna satisfacción. Tomemos por ejemplo el caso del último emperador de Rusia: situado en la cima del poderío humano, se sentía profundamente cansado y deseaba vivamente liberarse de ello. No es raro encontrar en la historia a un hombre investido del poder absoluto y, embargado por un acceso de vairagya, firmar su abdicación.

Resultado: un derrumbamiento, un debilitamiento de todos los motivos que hasta ese momento impelían al hombre a actuar; En su postración dice: “Para qué nuevos esfuerzos? Yo no deseo el poder, no hay motivo, pues, para trabajar. No deseo la vida, ¿por qué continuar viviendo? No deseo el bienestar, ello no me satisface, ¿por qué molestarme para alcanzarlo?”

Ante nosotros se presenta la siguiente pregunta: ¿Cómo animar a este hombre para que recupere su actividad a fin de continuar su desarrollo y llegar al término de su evolución? ¿Cómo sacarlo de su abatimiento? El único medio es despertar en él la actividad de la vida divina, esta vida que crece dando y no tomando. Él ha llegado al punto crítico de su carrera; permanece apegado al yo separado, sus existencias futuras no serán más que cansancio y hastío. Puede despertarse en él el deseo de la vida real que consiste en expandirse alrededor a fin de servir, y no en pertrecharse en un egoísmo inerte?

En su estado actual, este hombre representa en el mundo un elemento inútil; inútil para sí mismo, inútil para todos. Antes de llegar a esto, era una fuerza que ayudaba a la evolución general del mundo, porque estaba influido por las cosas que atraen a las personas normales y les permiten evolucionar. En el estado de desmoronamiento y de inutilidad en el que se ha sumergido por la pérdida de motivaciones de acción ordinarias e inferiores, se le hace una llamada especial —una llamada que se dirige a los tres aspectos de su ser que han perdido sus razones para actuar.

Se le dirige la orden de: “Trabaja como trabajan los que son ambiciosos”, frase unida a la primera regla: “Mata la ambición” que, por sí sola, conduciría al letargo. El yo separado destruido, y el hombre sin tener una razón para trabajar, recibe esta llamada: “Trabaja como trabajan los ambiciosos”. Después viene la orden siguiente: “Respetar la vida como aquellos que la desean”, y la tercera: “Sé feliz como lo son los que viven para la felicidad”. Estas son las tres órdenes nuevas, punto de partida de una vida nueva, los tres nuevos motivos reemplazando a los tres antiguos. Veamos al hombre yacente; parece muerto. La vida de la forma, evidentemente, ha desaparecido. Ahora es la vida de la conciencia la que él tiene que despertar; estas tres llamadas van a permitirle. El hombre tiene que volver a empezar a trabajar, pero ahora es el hombre espiritual el que debe vivir y actuar, mientras que la personalidad funcionará como una máquina. El hombre vivirá más de lo que nunca lo haya hecho, por más que todo deseo de vida, de felicidad y de poder se hayan extinguido en él. Esta es la respuesta a su pregunta: “¿Por qué trabajar?”

La persona que no encuentra respuesta permanece inerte y su desarrollo se detiene. Este es el punto conocido en mecánica con el nombre de punto muerto, estado de equilibrio

en el que deja de haber impulso; las fuerzas superiores se han equilibrado con las fuerzas inferiores y han destruido el egoísmo y la ambición de antaño, pero todavía no son capaces de impulsar al hombre hacia adelante, dispuesto a desplegar por ellas su energía y su voluntad. Este equilibrio no es la meta de la evolución. ¿Qué nuevos motivos hay que presentar al hombre para despertarlo y para hacer que actúe? Sólo uno, actuando desde lo interno, puede hacer reaccionar al alma; y esto consiste en identificarse con la vida de Ishvara en el mundo y actuar como parte de esta vida en lugar de hacerlo con el deseo de remuneración.

Ningún comentario mejor a esta frase que un pasaje contenido en el tercer diálogo del *Bhagavad Gitâ*, donde se dan las razones por las que hay que trabajar después de haber perdido los motivos ordinarios, el deseo por los frutos de la acción:

Pero aquel que encuentra su alegría en el mundo del Ser, satisfecho del Ser y contento solamente por el Ser, éste, en verdad, no tiene nada que hacer aquí abajo;

Ni la acción, ni la inacción le conciernen ya aquí abajo, ya no depende de ningún ser en el mundo.

Por consiguiente, sé desprendido y lleva a cabo la acción que es deber tuyo, porque, acometiéndola sin apego, el hombre alcanza lo Supremo.

Janaka y otros han alcanzado en verdad por la acción la perfección. Trata de actuar recordando que tu objetivo es el servicio del mundo.³

³ Op. cit., III, 17-20

Lo que ahí se describe es una etapa más elevada que la del hombre del que estamos hablando en este momento. Sólo hemos tenido en cuenta el principio del Sendero que conduce a la plena realización del Yo. Por lo tanto, el motivo plasmado en el *Gitâ* se aplica a este hombre que, habiendo constatado que el no-yo no contiene nada, está preparado para responder a la llamada del Yo único; está dispuesto a trabajar tomando por motivo el bien del mundo. Un hombre así puede soñar ahora en la adquisición del conocimiento espiritual, no para convertirse en sabio e importante el mismo, sino con el fin de ayudar al mundo; este es el objetivo que adopta poco a poco, objetivo situado más allá de su propio yo individual.

Finalmente, abandonará este motivo, este deseo superior; a partir de entonces sólo le guiará un sólo deseo, el de poder ser un instrumento de aquello que le trasciende y de cumplir la voluntad de Ishvara. Aprenderá que no tiene que desear ni siquiera el conocimiento espiritual, ni tampoco querer convertirse en un Maestro, sino únicamente ser un instrumento de la Vida superior. Convertido así en un ser activo como aquellos que son ambiciosos, pero con el objetivo de servir de canal a la Vida superior, el hombre eliminará los últimos restos de ambición. Llegado a este punto, su energía está ahora inmersa en la Voluntad del Logos: he aquí el motivo que le impulsa al trabajo.

En los versículos del *Gitâ* citados anteriormente, Shri Krishna explica cómo hay que trabajar para alcanzar lo Supremo, para comprender la presencia y el poder de lo Divino. A continuación enseña que el hecho de haberlo alcanza-

do y comprendido conduce a una actividad de Ishvara quien sostiene todas las cosas:

No hay nada en los tres mundos, ¡oh Partha!, que me quede por hacer o por alcanzar y, sin embargo, tomo parte en la acción.

Porque si yo no tomara una parte constante en la acción, ¡oh Partha!, todos los hombres seguirían Mis pasos.

Estos mundos serían destruidos, si yo no llevara a cabo la acción⁴.

Él trabaja para el bien del mundo, para mantener en movimiento la rueda del universo. Su actividad sólo tiene un objetivo: permitir que el mundo crezca y se desarrolle hasta el final del ciclo.

Shri Krishna señala a continuación la meta que hemos de marcarnos para nuestra tarea: y que es la de servir y sostener al mundo y a la humanidad. Dejando de identificarse con las formas separadas con el fin de conducir las a la perfección. Identificándose así con la Vida el hombre tiene que consagrar todo su trabajo al bien, al servicio de su prójimo y del mundo entero, a fin de que todos los seres, animados o inanimados, puedan alcanzar el fin que les está destinado, puedan convertirse en lo que Ishvara quiso que se convirtieran, por más que en la vida manifestada todavía no hayan llegado a ese punto. Todo el universo de Ishvara existe, perfecto, en su pensamiento: gradualmente, y en el transcurso de numerosas fases, Él plasma este pensamiento en la materia. No se puede reconocer en ella una parte de Su vida sin trabajar, como Él mismo lo hace, en la manifestación inte-

⁴ Op. cit., III, 22-24.

gral de este pensamiento, es decir, haciendo girar la rueda de la vida hasta el término prescrito.

De esto no se deduce necesariamente que el hombre animado de este motivo justo y espiritual crea en Dios o se preocupe de Él; en todo caso, siente la Vida divina en el mundo, responde a ella y la sirve con una devoción absoluta. Este fue el caso, por ejemplo, de mi viejo amigo Charles Bradlaugh quien, a pesar de que no creía en Dios, tal como se entendía en su época, siempre estaba dispuesto a soportar sufrimientos y peligros, a llenar con su cuerpo el vacío y proporcionar así a los demás un medio de acceder, como por un puente, a una vida superior.

Sin embargo, aquellos que han sentido la Voluntad de Ishvara hasta el punto de hacer de esto el motivo central de su vida, tienen que procurar no ser causa de desconcierto para todos los demás que todavía son incapaces de pensar como ellos y que todavía actúan bajo la influencia de sus deseos. Srhi Krishna dice a continuación:

De la misma manera que el ignorante actúa por apego a la acción, ¡oh Bhârata!, así el sabio tiene que actuar sin apego a ella, con la única finalidad de ayudar al mundo.

El sabio no tiene que turbar la mente de los ignorantes apegados a la acción; pero, actuando en unión Conmigo, tiene que hacer que toda acción sea atractiva.⁵

El hombre espiritual tiene que consagrarse al trabajo de este mundo y dar ejemplo, porque el modo en que los sabios comprenden este trabajo, otros lo adoptarán. Un hombre que sea el punto de mira de las masas populares proporciona un

⁵ Op. cit., III, 25-26

modelo que otros imitarán en sus actividades; si permanece indiferente a la acción, sus inferiores también lo harán; su indiferencia tal vez obedezca a una razón superior, pero esta razón los otros la ignoran y, como es natural, creerán en un motivo diferente. En ellos la indiferencia sería de naturaleza *tamásica* y su evolución saldría perjudicada.

Una persona así podría decir: “Yo no me atengo a los resultados ni aquí ni en el Swarga; además, ¿por qué ayudar a mis semejantes a seguir el camino que conduce a estas satisfacciones? ¿Por qué impulsarlos a la actividad hacia objetivos que yo juzgo inútiles, hacia ventajas ilusorias? ¿Por qué esforzarme en proporcionar lo que es indeseable?” La respuesta no deja ninguna duda. Estos frutos de la acción son absolutamente necesarios para la mayoría de las personas; a menos que éstas no deseen estos placeres terrenales, esta felicidad, estas ambiciones, estos objetivos que los impulsan a la acción, su evolución se detendrá. Si los hombres no persiguen las satisfacciones de aquí abajo, tal vez Swarga sea su meta. De todas formas, hace falta que se les anime a avanzar, a crecer, a evolucionar. Si les persuadís de que todo eso es inútil, no progresarán.

Es, pues, importante para la evolución humana que se de ejemplo, el ejemplo de un trabajo completa y perfectamente realizado. La perfección siempre resulta imposible mientras el trabajo esté inspirado por el deseo; si bien en este caso el hombre puede dar un ejemplo admirable de energía y de perseverancia, su tarea presentará una sospecha de egoísmo que impedirá que su ejemplo sea perfecto; podrá trabajar con una gran precisión, pero esto será por él mismo; en el fondo no hace todo lo posible, su pensamiento no está enteramente entregado al trabajo, sino que se apega parcialmente a un resultado personal.

El Señor trabaja en la perfección a fin de asegurar el progreso en el mundo; así pues, trabajemos con el mismo espíritu. Nosotros hemos de trabajar mejor que la gente de aquí abajo más capacitada, porque tenemos como motivación el servicio debido a Dios y al hombre y no nuestro beneficio personal. Queremos trabajar por la causa de la humanidad. Nos negamos a buscar en todas partes actividades por el simple placer de estar activos. Muchas personas trabajan así para disfrutar de su actividad, porque si no están ocupadas se mueren de aburrimiento; una disposición que no tiene nada de común con la del hombre que se contenta en el Yo. Jamás se aburre; jamás busca el medio de satisfacer su necesidad de actividad. Trabaja porque es su deber y allí donde ningún deber le incumbe, él no desea la actividad. En el cuarto diálogo del Gitâ, Shri Krishna se expresa en estos términos respecto a la acción, a la acción mala y a la inacción:

¿Qué es la acción? ¿Qué es la inacción? Incluso los sabios se sienten conturbados. Es por esto que voy a decirte qué es la acción; sabiéndolo te sentirás liberado del mal.

Es necesario aprender a conocer la acción y a discernir lo que es la acción injusta y lo que es la inacción. El camino de la acción es misterioso.

Aquel que puede ver la inacción en la acción y la acción en la inacción, ése es sabio entre los hombres; permanece en armonía incluso cuando ha realizado la acción.⁶

Los mismos sabios, se dice, no conocen muy bien los límites de todo eso. La acción buena es para el hombre el deber; es expresar la vida de Ishvara, *mientras se mantiene*

⁶ Op. cit., IV, 16-18.

en su lugar; tiene que servir así de canal o de agente y trabajar con el conocimiento, la precisión y el cuidado que demuestra el hombre sin ambición. Comparad su tarea a la del ambicioso; la encontraréis tan bien hecha e incluso mejor, porque se ha llevado a cabo con un espíritu de abnegación absoluta y de equilibrio perfecto.

Si encontráis un hombre que no trabaje así y que, sin desear el fruto de la acción, muestre sin embargo menos actividad de la que debería tener, que trabaje con menos energía, interés y puntualidad porque no tiene motivos personales —tenéis ante vosotros a un hombre que, antes de entregarse a la inacción no ha aprendido el deber de actuar. Se me ha dicho de algunas personas: “Estos hombres empiezan a estar inactivos incluso antes de haber actuado, porque han reconocido intelectualmente la vanidad del fruto de la acción antes de haber llegado al punto en el que podrían trabajar de una manera desinteresada. En el mundo son unos inútiles, no hacen nada en él; tampoco son hombres espirituales que consagren su energía a la evolución humana”.

El hombre que ha llegado al punto en que el fruto de la acción deja de interesarle, puede escoger entre dos tipos de existencia: puede retirarse a la jungla y vivir en solitario, o bien puede compartir activamente las ocupaciones humanas. Si está lo bastante desarrollado para trabajar con energía en el plano mental o en el plano espiritual, esta existencia de inacción física puede ser para él la mejor; se convierte en mucho más útil para los demás de lo que lo sería rodeado de toda la agitación de este mundo. Y sin embargo, a este hombre el Maestro lo vuelve a enviar de nuevo al mundo a menudo para que pase allí su última existencia, en la cual, dando aquí abajo el ejemplo de la verdadera acción, llevará una vida perfectamente activa y hará gala de toda la energía que caracteriza al hombre más ambicioso.

Cuando un hombre vive en el mundo la vida espiritual, generalmente no es posible determinar por los signos externos si está maduro para el deseo o para el deber, pero hay una prueba infalible que permite siempre comprobar nuestro propio motivo. ¿Qué sentís cuando el fruto de la acción está ante vuestros ojos? Si la ambición ha desempeñado el menor papel en vuestro trabajo os mostraréis contrariados si no resulta, alegres si es un éxito. Si este contratiempo no os causa ningún sufrimiento, es que no se ha mezclado ningún elemento personal en vuestra tarea; habéis trabajado para que Ishvara mismo trabaje para el bien de la humanidad, reconoceréis que el éxito no es el de Ishvara, sino que forma parte de Su plan. Desde el punto de vista de Ishvara, el fracaso es imposible, pero en la vida humana es tan necesario para el éxito final como el éxito es necesario para el éxito final. El papel de los hijos de Ishvara es a veces el de sufrir el fracaso, a fin de que se hagan más fuertes y comprendan que no hay fracaso sin el éxito correspondiente.

El hombre, ¿trabaja realmente como una parte de la vida de Ishvara? Esto es lo que demostrará su contentamiento perfecto, tanto si triunfa como si no; si su contentamiento es perfecto, sin sombra de pesar, su trabajo ha tenido como meta exclusiva la ayuda a la humanidad, y no ata ya a su autor que, en la misma acción, ha solucionado el problema de la inacción, ha aprendido también a utilizar los vehículos y las gunas sin identificarse con ellas. En los casos ordinarios las gunas conducen al hombre, pero en el Sendero es el hombre el que conduce las gunas. La mayoría de los hombres son movidos por las energías de la naturaleza, cuya actividad les incita al trabajo, pero el hombre comprometido con el Sendero emplea estas energías como instrumentos de trabajo y, desligado de ellas, las utiliza. El hombre ambicioso es juguete de las gunas cuando cree trabajar, pero el que las

domina la hace seguir el camino de la evolución trazado por Ishvara y no se identifica con ellas. El Gitâ nos lo enseña como sigue:

Aquel que, abandonando todo apego o fruto de la acción, está siempre satisfecho y no busca apoyo en parte alguna, éste, no actúa, ni siquiera cuando realiza una acción.

Sin deseo, dueño de su mente y de sí mismo, habiendo abandonado toda codicia, sólo ha llevado a cabo la acción físicamente y no comete pecado.

Satisfecho de todo lo que obtiene naturalmente, libre de los pares de opuestos, lo mismo en el éxito que en el fracaso, no está atado, ni siquiera cuando actúa.

Para el mukti que no siente apego, cuya mente mora en la sabiduría y para quien toda acción significa sacrificio, el karma se disuelve totalmente.⁷

El hombre situado en punto muerto, el de la indiferencia, tiene que hallar el medio de reforzar en sí mismo las influencias superiores, a fin de que bajo su incentivo adopte la vida de acción espiritual. Tiene que practicar la meditación; tiene que sacar partido de todas las emociones de que dispone; tiene que aprovechar con cuidado toda ocasión de servir; tiene que superar, incluso sin desearlo, el deseo de mantenerse inerte; Tiene que moverse *indefectiblemente*. Si llega a conocer a una persona a la que reverencia y cuyo ejemplo lo estimula a la actividad, cruzará mucho más rápido esta etapa intermedia, o bien de otro modo su evolución podría sufrir una interrupción. Si experimenta el deseo de complacer a una persona a la que admira, puede utilizar este deseo

⁷ Op. cit., IV, 20-23.

como estímulo, hasta el momento en que sentirá el impulso de la vida divina; el deseo en cuestión le hará salir por entero de su estado de abatimiento.

C.W.L.— Al haber repudiado la ambición personal, el hombre recibe el mandato de trabajar como trabajan los ambiciosos. Generalmente se suceden tres etapas: primera, el trabajo por los resultados a obtener aquí abajo; después llega la etapa en que el hombre continúa trabajando todavía por un resultado, pero por un resultado celestial. Las diferentes iglesias lo afirman con insistencia: hay que renunciar a este mundo para vivir eternamente en el cielo; seremos los más cercanos al trono de Dios, y así por el estilo. Casi todo el mundo pasa por estas dos etapas —el trabajo para un objetivo terrestre, luego el trabajo para un objetivo celestial. Algunos, llevándolo más allá, trabajan para complacer a su Divinidad. Muchos cristianos por ejemplo, trabajan por amor a Jesús, lo cual es admirable porque no existe absolutamente ningún egoísmo; esta es una etapa superior a aquella en que se trabaja por un resultado personal, incluso celestial.

Hay una etapa todavía más elevada; en ella se trabaja por amor al trabajo; esto es raramente comprendido; muchos artistas lo entienden; algunos de ellos trabajan por amor al arte, independientemente de cual sea la rama que cultiven. Un gran poeta ha dicho: “Si canto, es porque no puedo dejar de hacerlo”, queriendo decir que estaba obligado a expresar lo que por él se transmitía como un mensaje al mundo. Otro, experimentando el mismo sentimiento, decía que él estimaba sus poemas no por el hecho de ser el autor de los mismos, sino al contrario, porque no eran suyos. También hay incluso personas que trabajan por amor al arte —no para ellos mismos ni para su reputación, no para complacer a los demás, ni siquiera para complacer a Dios en el sentido en

que generalmente se entiende esta idea— sino porque se sienten portadoras de un mensaje del que deben desprenderse. Es muy bonito llegar a este extremo.

Finalmente, llega la etapa más elevada de todas: el hombre trabaja sabiendo que él es un fragmento divino y, como a tal, desea que se cumpla el plan de Dios. Las personas se hacen a veces ilusiones suponiendo que ahí es donde radica su meta, aun cuando la atmósfera de las ideas inferiores no ha dejado de rodearlas. A este respecto siempre podemos ponernos a prueba, tal vez con ventaja cuando fracasamos, lo cual de vez en cuando nos ocurre a todos. Como nos ha dicho a menudo nuestra gran Presidenta, si trabajamos sinceramente y conscientemente como partes de la Divinidad, como partes del conjunto, ningún fracaso puede causarnos el menor desasosiego, porque sabemos que Dios es infalible. Si, momentáneamente, tal o cual actitud nos parece un fracaso, éste ya estaba previsto en el plan; es, pues, necesario y, en concreto, no es realmente un fracaso. Desde el punto de vista de lo divino, ningún esfuerzo puede ser inútil; no hemos pues de sentir ninguna inquietud. Sólo queda un punto a examinar: ¿es culpa nuestra? Sin embargo, si hemos hecho lo mejor posible aunque la empresa no alcance el éxito, sabemos que todo va bien.

Sin embargo, semejantes consideraciones no tienen que volvernos descuidados o indiferentes en el transcurso del tiempo. Entre nuestros deberes se encuentra el de hacer abandonar a nuestros semejantes la doctrina de la inercia y encaminarles hacia el Sendero del servicio; un solo éxito de este tipo implica para el mundo una ventaja segura. Con toda certeza, todo es para mejor, pero sólo si hemos hecho lo posible por nuestra parte. Si el hombre, en la parte de trabajo que le corresponde, no lo ha hecho lo mejor posible, entonces el resultado queda por debajo de lo que debería haber

sido, porque habría podido ser mejor. Cuando por nuestra parte hemos hecho todo lo mejor posible, solamente entonces, tenemos el derecho de refugiarnos en este pensamiento: "He hecho todo lo que he podido; si a pesar de todo fracaso, me inclino ante un poder superior al mío." Estoy segurísimo de que aquello que se ha llevado a cabo no está realmente perdido y que, a fin de cuentas, cada uno ha hecho lo más conveniente.

No importa que obtengáis un resultado hoy o en un millón de años; si esta idea altamente filosófica es una simple ilusión, se trata de una ilusión muy poderosa. Sintiendo que ella tiene valor para mí, pienso que debe tenerlo para otros, y si pudiéramos hacer que se decidieran a aprovechar la primera oportunidad de progresar, les haríamos un gran servicio. ¿Qué diferencia hay, a la larga, para el Logos en quien todo se mueve? Lo ignoro, pero Su voluntad es sin duda que nosotros progreseemos y, si se comprende así, Él debe querer también que nuestra evolución se lleve a cabo lo más rápidamente posible. Evidentemente, acatamos Su voluntad caminando rápidos en el Sendero que conduce a la unión con Él y ayudando a otras personas a caminar con nosotros; yo no veo, pues, cómo podría ser indiferente el hecho de que uno entre en la Corriente en el presente período terrestre o en el curso de la cadena actual, o bien que se espere a la próxima; yo haré todo lo posible para ayudar a mis semejantes a entrar en la corriente desde ahora ya.

Otra prueba tal vez podría consistir en determinar si consentimos en emprender un trabajo *cualquiera* formando parte del Suyo; si consentimos en ayudar igualmente a los que ocupan posiciones más elevadas y a los más humildes. Para Él nada es superior o inferior en cuestión de progreso; tanto que en este progreso una parte del plan pueda haber alcanzado un punto superior y aquella otra parte un punto infe-

rior. Esto se parece mucho a una rueda que gira: en movimiento, una parte de la rueda se acerca al ápice, pero, en la rotación, el conjunto de la rueda avanza. Nuestra tarea es la de ayudar al movimiento hacia adelante y a impulsar cualquier parte de la rueda. La vida a todos los niveles es la vida divina; en algunas etapas está más desarrollada que en otras —más desarrollada en el hombre que en el animal, en el animal que en el vegetal, en el vegetal que en el mineral— pero en todas partes la vida es la vida divina, y si ayudamos al progreso de una de sus partes, apresuraremos el cumplimiento del plan divino. Lo que es más elevado o más inferior es la forma que sirve de molde a la vida; la forma permite un desarrollo más o menos grande, pero la vida es una. La visión del Logos, tan diferente de la nuestra, tiene que implicar verdaderamente algo de esta idea —que toda vida es en realidad la misma; desde este punto de vista, nada es superior ni nada es inferior, porque el conjunto está en movimiento. Esto no impide que algunos, cuya vida está más desarrollada, sean más capaces de ayudar, y que otros no puedan prestar más que un tipo inferior de ayuda. Tomad buena nota: las personas que constatan que su trabajo más exitoso está considerado normalmente como un trabajo inferior, no tienen que desanimarse en absoluto; también ellas empujan la misma rueda y contribuyen al desarrollo de la misma vida divina.

CAPÍTULO IV (LX)

REGLAS DE LA 2 A LA 4

2. Mata el deseo de vivir.

Respetar la vida como lo hacen los que la desean.

A.B.— Las observaciones precedentes se refieren, hasta cierto punto, a este aforismo y al siguiente. Los mismos principios generales que se aplican a la destrucción de la ambición (excepto las actividades de los que trabajan como si fueran ambiciosos) se aplican también a estas dos sentencias. El discípulo tiene que eliminar el deseo de la vida personal —todo lo que acrecienta la energía del yo personal y halaga sus deseos personales. El placer de expansionar su vida haciendo entrar en ella incesantemente más elementos exteriores no debe ser suficiente para su felicidad.

En todas las partes del mundo se encuentran personas que buscan con ardor una vida más amplia; se apoderan de ella manifestando la codicia más diversa; luchan, para adquirir y acumular incesantemente los objetos que atraen su imaginación febril e indisciplinada —causa de múltiples contratiempos desde el punto de vista personal y social. El discí-

pulo tiene que suprimir este deseo de aumentar y expansionar su vida individual y separada; tiene que entrar en la Vida superior y no tener más que un deseo, el de encontrarse en todo punto del universo donde su presencia pueda servir de expresión a la vida una. En este universo, hay mucho trabajo por hacer. Una vez que todo deseo de existencia individual y separada ha sido eliminado, todas las preferencias personales se desvanecen y las necesidades de su época determinan la elección hecha por el hombre espiritual. El alma liberada trabaja en todas partes donde la ayuda sea necesaria y aspira únicamente a servir de instrumento en cualquier lugar en que esto pueda suceder: su vida no tiene valor ni utilidad más que en virtud de la Vida Universal de la que forma parte.

El hombre que ha perdido el deseo de vivir corre desde ese momento un peligro: el peligro de considerar la vida como sin valor para todo el mundo; y esto, por el hecho de que él prescinde totalmente de los bienes que ella ofrece; puede adquirir una actitud desdeñosa hacia el mundo y hacia su prójimo: convencido de su superioridad, puede despreciar a los demás, juzgarles insensatos, hablar de ellos en términos severos y, finalmente, considerar sus motivos como lastimosos. Su actitud respecto a ellos es muy natural pero está llena de peligros y es fundamentalmente negativa; demuestra que, si bien puede haber entendido el no-yo como tal, no ha comprendido el Yo. Si una vida cualquiera, incluso no desarrollada, le inspira desprecio, se olvida de que esta manifestación forma parte de Ishvara; para él es, pues, necesario y urgente este mensaje: "Respetar la vida como aquellos que la desean".

Si esta persona nos pregunta por qué tiene que considerar la vida con respeto, nosotros le respondemos: "porque es divina". Es una fase del trabajo de Ishvara, la cual, para Ishvara es tan importante como la fase superior que es ac-

tualmente la de *esta persona*. Al utilizar los términos inferior y superior, nos situamos en el punto de vista de la evolución y del tiempo —de la sucesión de cambios que constituyen el tiempo. No es así como Ishvara considera a Su mundo: para Él nada es grande ni pequeño, ni despreciable ni querido. Todo ha llegado a una distancia determinada en la ruta que siguen todos los hombres para alcanzar la misma meta. Una forma humilde es tan necesaria al plan de la evolución como la forma llamada generalmente superior. El discípulo tiene, pues, que evitar el error de despreciar ninguna vida y de negarle la menor importancia, con el pretexto de que representa una etapa inferior de evolución. Todo, en su fase particular, es bueno y útil. Reconocer esta verdad fundamental implica el deber de amar a nuestro prójimo, y esto es así porque este prójimo forma parte de la Vida Universal en curso evolutivo.

En la etapa inferior, el hombre está sin duda privado de buen sentido, es sensual, perezoso, tan poco atrayente como se pueda imaginar; su falta de atractivo depende de la forma y no de la Vida. La forma nos ciega. Por el hecho de que juzgamos desde lo alto a otra persona, de que nos apartamos de ella —signo de nuestra superioridad— se produce un sentimiento de superioridad que genera el desprecio. En realidad, si somos superiores a ella es únicamente por el grado de evolución de la forma. La esencia es la misma; las posibilidades ofrecidas a nuestro prójimo equivalen a las nuestras y, visto desde el centro, esta persona es lo que somos nosotros. El hombre que sigue el Sendero trata de ver las cosas lo mismo desde el centro que desde la circunferencia: por consiguiente, tiene que respetar la Vida y tiene que darse cuenta de que la Vida de Ishvara es la Vida única. La forma es la que Ishvara juzga buena para manifestarse durante un tiempo determinado y, si es lo bastante buena para

Ishvara, también es buena para nosotros.

El universo tiene que presentar las formas en todos los grados de desarrollo; ninguna forma es superior o inferior; todas son iguales. Existe una diferencia cuando se prosigue nuestra propia evolución; desaparece cuando nuestra evolución ha terminado. Hemos de renunciar a interesarnos por la forma dejando de lado todo lo que se refiere a la forma y al fruto de la acción, antes de poder respetar la Vida en todas sus manifestaciones. El hombre cuya evolución es todavía parcial, cautivo de las formas, consiente en ayudar a las personas más cercanas a él y que merecen la pena; no está dispuesto a ayudar a los más humildes. Contrariamente, el hombre que presta su ayuda situándose en el punto de vista de Ishvara ayuda a todo el mundo; su deber es el de hacerlo sin distinción alguna; su actividad tiene que ser la de Ishvara; ayuda a los que se encuentra, sean elevados o no; en cada uno respeta la Vida; prodiga su ayuda allí donde es necesaria. No se deja perturbar por el hecho de que la Vida no está presente por entero en el hombre. Sabiendo que el objetivo de la obra de Ishvara es animar la vida, se aplica a secundar la manifestación. No piensa ni por un momento: "Formo parte del Yo; el resto no importa". Trabaja para la manifestación, respeta y ama la Vida y, de esa manera no se arriesga a mostrarse despreciativo, error que de otra manera, creando un yo separador, impediría que la Vida se desarrollara en él.

Existe una enorme diferencia entre el modo en que, por un lado, la Vida es considerada por parte del hombre ordinario, y por otro, por parte de un hombre que vive en lo Eterno. El segundo ve la Vida acompañada de todas sus posibilidades, posibilidades que él percibe hoy, si bien todavía no han sido desarrolladas; porque vive en lo Eterno, y cuando la vida se considera desde ese punto de vista, se la ve en todo el esplendor de su perfección realizada. Considerándo-

la desde más abajo, no la vemos más que como una etapa particular, en el tiempo y no en la Eternidad; de modo que no la respetamos como tendríamos que hacerlo. El alma liberada que vive en lo Eterno percibe la vida tal como es; teniendo en cuenta la etapa presente en el momento especial en que se encuentra la vida, no puede sentir ningún rechazo, sabiendo que esta etapa es perfectamente normal.

Por consiguiente, cuanto más arriba ha llegado un hombre más tolerante se muestra hacia toda Vida y mayor es su compasión por todos, porque esta Vida aproxima la compasión del mismo Logos. Aniquilando en uno mismo el deseo de vivir, es decir, el deseo del yo separado, respetando la Vida como los que la desean, el hombre empieza a adquirir ese sentido de la Eternidad que le permite respetar la vida sea cual sea la manera en que se manifieste; todo desprecio por los seres situados por debajo de él, le resulta imposible; ve a cada uno en su lugar como una expresión de la Vida Perfecta.

C.W.L.— Aquí, como para la regla precedente, la doctrina se aplica a dos niveles diferentes. Sin duda alguna, corresponde empezando por matar el deseo de vivir de tal manera externa más que de tal otra, si ésta es un obstáculo para el trabajo que hay que realizar. El hombre que se ha convertido en discípulo de un Maestro tiene que aceptar absolutamente el llevar a cabo cualquier tarea que se presente en su camino, estar en un lugar o en otro, a abandonar esto o aquello, sin sentir ninguna contrariedad. Si dijera: “Yo hago esta clase de trabajo; lo hago bien y no deseo otro”, su vanidad podría ser causa de su fracaso. Supongamos que se le ha apartado de una tarea para la que se siente capacitado y que se le destina otra que es nueva para él: tiene que aceptarla con perfecta serenidad. Este cambio puede obedecer a dos razo-

nes: o bien la nueva tarea es más necesaria, o bien el discípulo, al haber aprendido este trabajo en particular, es bueno que aprenda otro.

Independientemente por completo de la disciplina particular del discípulo, encontramos frecuentemente que las fuerzas evolutivas proceden de este modo. A cada uno le gusta hacer aquello que siente que hace bien, pero las fuerzas de la evolución quieren desarrollar integralmente al hombre y, muy a menudo, le quitan la tarea que está desempeñando bien y le dan otra a la que todavía no está acostumbrado porque quieren despertar en él una nueva facultad. Si empieza sin éxito, tiene que perseverar hasta que lo consiga. He aquí como actúa la evolución en general, y el mismo principio se aplica a la formación de discípulos por parte del Maestro. Si cumplen bien una tarea, puede que ésta todavía se les permita durante algún tiempo, pero luego, súbitamente, pueden ser enviados en otra dirección, y este nuevo trabajo tienen que emprenderlo con tanta voluntad como iniciaron el antiguo.

A nivel superior, esto sigue siendo verdad respecto a la vida del ego. Echando una ojeada sobre sus encarnaciones anteriores, el discípulo sabe que su ego ha seguido determinadas líneas, que ha desarrollado determinadas cualidades y que, desde el punto de vista de la individualidad, todavía puede triunfar si las sigue. Sin embargo, aún puede desviarse. La individualidad, el ego, tiene que aceptar lo que le suceda en el curso de su instrucción, y aquí todavía hemos de rechazar todo sentimiento de que ese trabajo, o esa vía sea preferible a aquella otra. Nos apercebimos de ello cuando encontramos personas de un rayo o de un tipo diferente al nuestro. Tenemos la impresión de que nuestro rayo o nuestro tipo es el mejor. En teoría admitimos que los otros valen lo mismo que el nuestro, pero muy pocos de entre nosotros llegan a considerarlos con una simpatía realmente cordial.

Así, por ejemplo, una persona que se ha dedicado a los trabajos filosóficos o científicos puede encontrar bastante incómoda la obligación de servir en la línea artística o ceremonial. Es difícil desviar nuestras simpatías y darles vía libre en otra dirección; sin embargo, esta es una de las cosas que hemos de aprender a hacer si la necesidad nos obliga a ello.

A partir del momento en que un hombre adquiere el sentimiento de la unidad, adquiere un juicio imparcial. Para él todas las clases de trabajo son efectivamente las mismas; no es que pueda emprenderlos todos con la misma facilidad, pero se da cuenta de que todos llevan al mismo sitio. El hombre no desarrollado nunca comprende esto; siempre piensa que el hombre situado en el punto de mira superior es frío, duro, y nada simpático. He aquí la razón: el hombre menos desarrollado piensa en él y desea toda suerte de satisfacciones personales, mientras que el otro, el hombre desarrollado, no sueña más que en el trabajo a realizar y pone en él todo su esfuerzo. Desde que el Plan de acción del Logos empieza a despuntar, como el sol por encima del horizonte, el hombre sólo lo ve a él, le consagra todas sus energías y se esfuerza por llevar a cabo aquello que mejor se adapta, a ese Plan, hasta los menores detalles de la vida diaria.

Engancha su carro a una estrella; profesa ideales muy elevados ajenos por completo a la inteligencia ordinaria; ¿cómo, entonces, podría ser comprendido por las personas que todavía consideran las cosas desde el punto de vista personal? Si sufre por no ser comprendido —ese sentimiento que todavía revela un rasgo de la personalidad— tiene que renunciar incluso a eso. Tiene que dejar de esperar que sus esfuerzos sean reconocidos; tanto si lo son como si no, debe comprender bien que esto carece de importancia. Sólo importa una cosa: el trabajo a realizar. ¿Que no se hace justicia a nuestra obra? No importa; hay que llevarla a cabo con toda

la perfección posible. El Maestro sabrá reconocerla —pero incluso ése no tiene que ser nuestro incentivo. Actuamos porque se trata del trabajo de Dios; como nosotros estamos en Él, Su voluntad es la nuestra; nuestro gozo, nuestro privilegio supremo, es realizar lo mejor que podamos lo que Él quiere que se cumpla.

Al haber comprendido que toda Vida es Divina, respetaremos de un modo natural todas las manifestaciones. Nosotros, que sólo vemos a medias, no siempre respetamos la vida bajo todas sus formas y en todas sus manifestaciones; constatando que muchas de ellas serían para nosotros en extremo indeseables, nos sentimos inclinados a menospreciar estas manifestaciones particulares. Esto siempre constituye un error. Vemos a nuestro alrededor muchas cosas que, desde nuestro punto de vista, van muy mal, lo que a menudo es cierto. Evidentemente, todas las expresiones de egoísmo, de codicia y de pasión desenfrenada visibles en el mundo son malas, en el sentido de que todo iría mucho mejor si fueran diferentes. Pensando así, en realidad no nos equivocamos; pero, cuando nos permitimos menospreciar a las personas que se encuentran en esta etapa, traspasamos el límite permitido; su grado de desarrollo explica estas manifestaciones; a menudo ellas representan el único modo de expresión posible por su parte en su etapa actual y es precisamente gracias a ellas que aprenderán.

Cuando vemos a un hombre que se muestra egoísta, ávido y sin control sobre sí mismo, decimos: “¡Qué lástima!” Es una lástima, pero sólo en el sentido en que lamentaríamos que un niño de cuatro años no haya alcanzado la edad madura. Si dejáramos que nuestras inclinaciones nos dominaran, si nos mostráramos ávidos y egoístas, nos sería fácil experimentar cierto desprecio por nosotros mismos, porque sabemos a qué atenernos, pero este sentimiento experimen-

tado por cualquier otra persona sería malo. Si esta persona parece capaz de hacerlo mejor; sin duda ha descuidado las ocasiones favorables; lamentémoslo por ella; tratemos, si es posible, de ayudarla a tomar el buen camino, a reconocer las posibilidades superiores; pero no nos apartemos de ella, esta sería la mayor de las equivocaciones, aun cuando no siempre podamos superar, con relación a sus actos, un sentimiento de disgusto. Un hombre se embriaga; esta es su etapa actual; alma todavía joven, cede a las tentaciones de este tipo en lugar de resistirse a ellas como debiera. Es posible que a menudo lo haya intentado, pero todavía sin éxito. Toda nuestra capacidad de ayuda tiene que ser puesta, absoluta y completamente, a su servicio, pero no debe inspirarnos repugnancia. Es la antigua idea del cristianismo: podemos odiar el pecado, pero debemos compadecernos del pecador; de otro modo, nuestra conducta es peor que la suya, porque perdemos el sentimiento de fraternidad y, al mismo tiempo, nuestra facultad de ayuda.

La Vida una está en el fondo de todos y tenemos que respetarla incluso en las manifestaciones que nos desagradan y que consideramos indeseables. Es divina, no lo olvidemos nunca; es por esto que a veces resulta difícil cuando los actos cometidos tienen un carácter tan impío; sin embargo, hay que tratar de hacerlo. Sigue siendo la antigua idea de la Vida oculta, aprendida por nosotros hace miles de años en los misterios egipcios. La Vida oculta, se nos dijo, mora en cada uno de nosotros; profundamente sepultada, casi invisible; recordad siempre que está presente aun cuando no la percibamos. La luz oculta en nosotros no puede iluminar a otro hombre y despertar de inmediato aquello que se oculta en él, pero con suficiente paciencia y energía este hombre reaccionará, a su tiempo y a su modo. Actualmente, esta enseñanza se da en términos un poco diferentes, pero la ver-

dad que ello implica no ha variado.

El hombre que vive en lo Eterno percibe el futuro como el presente; por consiguiente, en presencia de una manifestación eminentemente indeseable de la Vida, dice: "Sí; por el momento y desde el punto de vista de la permanencia, está bien lo que yo veo en ella; una manifestación de orden inferior e indigna; pero la Vida divina inmanente se manifestará un día". Muchas personas no comprenden hasta qué punto el presente es ilusorio. Apenas hemos pensado en el presente que éste ya ha desaparecido. Decimos: "Esa cosa existe en el momento actual", y no bien estas palabras han sido pronunciadas, cuando ya este momento presente se ha convertido en pasado. En realidad el presente no existe; es el filo de una navaja que separa el pasado del futuro; es una manera práctica de expresarlo, pero a cada segundo que pasa, el filo se va desplazando. Hay que leer el futuro en el presente y constatar lo que éste será. Sólo con que pudiéramos escapar algunos instantes de estos cuerpos y de estos cerebros y pasar a una existencia francamente superior, podríamos ver desde una posición más elevada esta cuestión, y la comprenderíamos perfectamente. Descubriríamos que al pensar en ese futuro lo hacemos desde ahora más accesible. Si al ver a un hombre cometiendo un pecado, pensamos en ese pecado, comprometemos más estrechamente al pecador; pero, si mirando a este hombre soñamos en el futuro, en el momento en que quedará libre de su pecado, le abrimos el camino de este futuro que de este modo se encuentra menos alejado.

3. Mata el deseo de bienestar.

Sé feliz como lo son los que viven para la felicidad.

A.B.— En las primeras etapas de su desarrollo, el hombre pone en juego toda su energía mental y física para adquirir los medios de asegurar su bienestar. El deseo de bienestar: he aquí lo que impulsa a la mayoría de los hombres. Es un estímulo muy útil para hacer que se manifiesten ciertas cualidades; con el fin de que contribuyan al bienestar que él pretende disfrutar.

El deseo de bienestar desaparece a medida que se elevan los objetivos. El hombre puede eliminar el deseo de bienestar y de satisfacciones físicas transfiriendo su interés, por ejemplo, a la vida mental; al principio experimenta una sensación de esfuerzo, de sufrimiento y de pérdida, pero prefiere los placeres mentales a los placeres físicos, sabiendo que durarán más tiempo; luego, si pone en práctica la renunciación, se da cuenta de que la sensación de pérdida se atenúa y de que los gozos intelectuales tienen para él un atractivo creciente; finalmente, los deseos inferiores pierden todo su encanto.

Al principio, y en cada etapa, hay una renuncia voluntaria; a continuación, el objetivo físico deseado pierde su atractivo. Más tarde, se produce un cambio parecido por lo que respecta a los gozos intelectuales. Cuando el hombre aspira a la vida espiritual, su pasión por la actividad intelectual disminuye gradualmente; la satisfacción de una viva energía intelectual le seduce cada vez menos; rechaza las alegrías del intelecto y busca las del espíritu; se aleja del intelecto y fija su conciencia en el nivel superior.

Suprimir el deseo de bienestar tiene sus peligros —el tercer gran peligro. El primero fue la inercia, el segundo el desdén; el tercero es la tendencia a no sentirse ni felices ni desgraciados.

¿Qué hacer para ser felices? Nosotros respondemos: lle-

gando a comprender que el Yo es beatitud. Se dice en los *Brahma Sutras* que Brahman es Beatitud, que Brahman es Ananda. El hombre tiene ahora que convencerse de ello. Ni el placer ni el dolor tienen ya dominio sobre él; no lo atraen; habían nacido del contacto entre las formas. Ahora, conseguido el equilibrio, el hombre se siente inclinado a abandonarse, a no ser ni feliz ni desgraciado; sin embargo, tiene que aprender a ser feliz como los que viven para la felicidad.

Es la beatitud de la que disfruta el Yo, esta profunda e inalterable beatitud, característica esencial de la vida espiritual, la que nuestra conciencia a duras penas puede concebir. Un rasgo característico de los grandes Místicos y Salvadores del mundo es que el sufrimiento ha desempeñado un gran papel en sus vidas. Jesús fue un hombre de dolor; Gautama, el Buddha, abandonó sus palacios suntuosos, sus jardines, sus amigos fieles, para buscar remedio al sufrimiento de la humanidad. Lo mismo descubrimos si examinamos las vidas de todos los grandes conductores de hombres; el sufrimiento repercutió en ellos profundamente, pero han sabido soportarlo; en esos hombres predominaba un gozo constante y el hombre que les juzga desde el exterior exagera infinitamente sus sufrimientos. Como sea que la pesadumbre les agobia y la inquietud, las preocupaciones, las desventuras y las miserias llueven sobre ellos por todas partes, de ello se infiere, naturalmente, son seres tristes. No necesariamente; no se ven agitados ni atormentados ni angustiados por estos sufrimientos, a pesar de toda la atención que les dedican, y son capaces de cumplir todo lo que pueda exigir de ellos el bien de la humanidad. En el fondo de sí mismos, reina la paz. Es por eso que siempre les oís repetir: "Mi paz perdura".

El discípulo comparte todo el dolor de aquí abajo; es inevitable; el dolor proyecta una sombra sobre él, una sombra

de la que no puede huir. El sufrimiento humano, todo el sufrimiento, tiene que encontrar eco en él. Se aflige, se apiada por los ignorantes, por aquellos que sufren, por sus rebeliones, por sus sublevaciones. En la etapa en cuestión, corre un peligro, el de perder su sensibilidad; cuanto más se debilita ésta, menos susceptible es él para ser de utilidad. Los Grandes Seres experimentan una impotente piedad por el hombre todavía sujeto al karma, y esto porque Ellos mismos se encuentran ante la imposibilidad de ayudar. Sí, existen casos en que Su ayuda es imposible, en que el hombre tiene que afrontar solo sus experiencias. Conociendo la absoluta necesidad de estar de acuerdo con la Ley, sin embargo, se mantienen al lado y siguen vigilando la acción. Un elemento de dolor y de comprensión subsiste, pues, en Ellos —su piedad, que implica un determinado grado de tristeza.

Y esto persistirá siempre, como una sombra. Al perder la cualidad de la comprensión, el hombre pierde la facultad de ayudar. En la medida en que su vida se comunica con el ignorante, experimenta la alegría y el dolor del ignorante a quien aligera la pena compartiéndola.

Al discípulo, siempre consciente de estas imperiosas verdades, es necesario recordarle que el Yo es beatitud. El discípulo tiene que mantenerse alegre en el fondo, y cultivar metódicamente el espíritu de contentamiento y serenidad. Para eso puede meditar sobre la beatitud divina —beatitud profunda, intensa, que nada aquí abajo puede igualar, porque ella es la esencia y la misma naturaleza del Yo. Este aspecto no puede desarrollarse más que de una sola manera: cultivando metódicamente el contento y la satisfacción; estudiando el mundo, comprobando que el mal es Avidya o la ausencia de sabiduría. Rodeado de tristezas, el discípulo tiene que ser feliz; tiene que llegar a la convicción de que el sufrimiento es pertinente al vehículo, pero que la vida siempre es gozo.

C.W.L.— Esta regla no significa que el bienestar esté prohibido, interpretación que a menudo se hace de ello. Los yoguis, los ermitaños, los monjes, han sacado de los textos conclusiones parecidas; son absolutamente falsas e irrazonables. En la Edad Media, algunos monjes llevaban cilicios. Algunos yoguis toman como asiento puntas de acero y, en la estación más calurosas duermen en la noche rodeados de fuego —todo eso para evitar el bienestar. He aquí a donde se llega basándose en un texto y llevando la conclusión al extremo. El *Bhagavad Gitâ* dice expresamente que los hombres que torturan el cuerpo torturan a la Divinidad que reside en ese cuerpo y que sus prácticas son contrarias al progreso¹. Esta regla no significa, pues, que nos esté prohibido el bienestar sino, simplemente, que no debemos permitir jamás que nuestro deseo de bienestar nos impida realizar el trabajo que nos corresponda. Si el cumplimiento de nuestro deber tiene que aportarnos serios disgustos, esto no es una razón para descuidar nuestro deber.

Privándonos sin razón del bienestar, nos creamos simplemente dificultades. Se habla mucho de la eficacia del sufrimiento y de todos los progresos que esto nos aporta, pero examinando las cosas más de cerca, observamos que el progreso llega cuando el sufrimiento termina. No es el sufrimiento en sí el que hace avanzar sino que, en muchos casos, este sufrimiento atrae la atención del hombre sobre condiciones que, sin él no hubieran sido suficientemente remarcadas. A veces el sufrimiento suprime en el hombre cualidades que impiden su progreso, pero éste no se realiza más que cuando él deja de sufrir; solamente entonces su estado de espíritu le

¹ Op. cit. XVII, 6.

permite observar desde más arriba.

No creamos que sea ningún mérito buscar la incomodidad. Al contrario, cuando el cuerpo físico está cómodo, nos resulta más fácil pensar en la vida superior. Sin embargo, he conocido personas que persisten en este error. He aquí un ejemplo. En la India, donde mejor se comprende la meditación, nos encontramos que la costumbre es sentarse con las piernas cruzadas. He conocido cantidad de occidentales que se agotan e incluso se imponen sufrimiento durante la meditación, tratando de acomodarse a la costumbre india, sin comprender que esto tan sólo es una cuestión de detalle externo, y que el indio adopta esta posición, simplemente, porque la ha practicado desde niño. Las personas que, no estando acostumbradas a esta posición incómoda para ellos, quieren adoptarla, pierden absolutamente el tiempo. Patanjali aconseja una posición "cómoda y agradable".

Hay que considerar dos puntos con relación a nuestra actitud durante la meditación. En primer lugar, el cuerpo tiene que estar suficientemente cómodo para que se le pueda olvidar con facilidad, porque esto es lo que se pretende. En segundo lugar, la posición tiene que ser tal que, si abandonamos nuestro cuerpo durante la meditación (esto siempre puede pasar) no le alcance ningún contratiempo. En ese caso, la impresión física será la de un síncope. El indio, sentado en el suelo, cae hacia atrás sin ningún percance. Al meditar, haremos bien pues, en sentarnos en un sillón cualquiera, a fin de evitar una caída si el cuerpo pierde el conocimiento. La posición horizontal no es buena si favorece el sueño.

Las emociones y la mente tienen sus alegrías, y muchas personas que rechazan la idea de que su bienestar físico tenga alguna importancia para ellas, son extremadamente desgraciadas si su bienestar emocional no está asegurado; es

decir, cuando ellas se imaginan que no reciben la respuesta merecida por sus emociones. Muchas personas penosamente sentimentales, esperan que todo el mundo lo sea también y se sienten muy defraudadas al constatar lo contrario. Prodigan lo que ellas llaman afecto, pero este sentimiento está a menudo teñido de egoísmo. Son causa de toda serie de contratiempos, actúan incluso de modo que hieren a las personas que dicen amar —todo esto por una sola razón: pretenden que su afecto sea correspondido. No comprenden que existen diferentes clases de afecto y que a las personas en cuestión puede resultarles absolutamente imposible corresponder al suyo como ellas quisieran. La dificultad estriba en su persistente deseo de bienestar emocional, cuya intervención en nuestro progreso personal o en el de las personas que nos son queridas no debería permitirse jamás.

También existe un bienestar intelectual: el hombre quiere encontrar exactamente en los demás sus propias ideas, y asegurarse así la satisfacción y la tranquilidad mental. Constantemente chocamos con esta dificultad. Supongamos, por ejemplo, que una persona joven y prometidora se interesa profundamente en la Teosofía, y desea ingresar en la Sociedad; sus padres se oponen enérgicamente; para ellos no hay satisfacción intelectual si su hijo o su hija adopta ideas que ellos no podrán compartir; están convencidos de tener razón y de que aparte de sus opiniones particulares no puede haber nada que sea razonable; si un hijo o una hija tienen otras ideas distintas a las suyas, lo sienten como una afrenta; olvidan que si un ego ha nacido en su familia esto no es una razón para que comparta el temperamento de su padre y de su madre.

Cada ego tiene, a su modo, su cualidad particular de apreciar la verdad: la línea particular del ego es la única siguiendo a la cual puede percibirla; otras personas se engañarían

queriendo imponérsela a su manera; esto sería provocar la revolución de todo el Ser interno. Ha pasado cientos de veces que hijos sometidos a esta presión intelectual han abandonado por completo las creencias de sus padres. ¡Cuántas veces, por ejemplo, el hijo de un clérigo se ha convertido en ateo porque sus padres han cometido la equivocación de imponerle sus propias ideas! Su deseo de satisfacción intelectual ha sido el causante de todo el mal. El discípulo tiene que velar siempre para que su deseo de bienestar emocional o intelectual no le lleve a lesionar los derechos de los demás y para no dejar que este deseo sea un obstáculo al deber que podría cumplir o a la ayuda que podría prestar.

Es esencial que seamos felices, como nos dice aquí el Chohan, si bien indudablemente no vivimos para la felicidad. El deber de ser felices yo creo que se olvida a menudo. No se lo considera como un deber, y sin embargo, es un deber, con toda la fuerza que el término implica: es un elemento necesario para nuestro progreso. Una persona siempre triste y deprimida bajo la influencia de los acontecimientos, no progresa; es bueno que ella lo entienda. Repito: es necesario para nosotros que adquiramos una sensibilidad en aumento, porque de otro modo no podemos responder al instante a la más leve indicación del Maestro. La dificultad de ser a la vez muy sensitivo y estar radiante de felicidad es incontestable; sin embargo, hay que lograrlo. ¡Cuántas cosas no exigen nuestra comprensión más profunda! Ahora bien, es difícil simpatizar con los que sufren sin sentirse afligido al mismo tiempo. Sin embargo, como ya he dicho, el Maestro, dotado de una comprensión infinitamente superior a la nuestra, no siente realmente la tristeza como tristeza.

Habría mucho menos sufrimiento, mucha menos aflicción si la gente que los padecen actualmente hubieran llevado una vida completamente diferente en el curso de otras